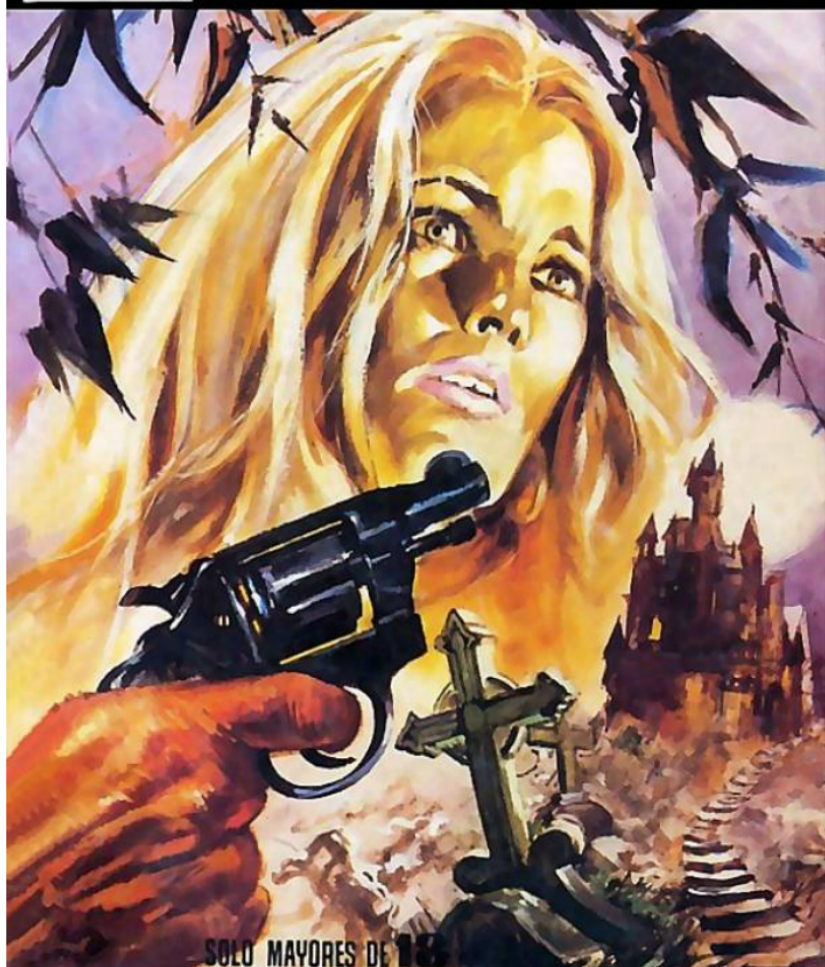


SERVICIO
SECRETO

SS

RAPSODIA EN ROJO SANGRE

J. A. Dose





SERVICIO SECRETO



J.A. DOSE

RAPSODIA EN ROJO SANGRE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.579

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 27.328 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1980
© J. A. Dose - 1980

texto
© Miguel García -1980

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona -1980

CAPÍTULO PRIMERO

San Francisco es una ciudad con infinidad de teatros. Incluidos algunos teatros chinos, donde se representan, alternando con obras de estilo europeo, tragedias del viejo Kabuki, de éstos, la mayoría están en su populoso Chinatown.

El Ambassador's Theater era uno de los tantos teatros de San Francisco.

Su propietario-empresario, Nicholas Caldwell, era uno de esos hombres que en el negocio teatral se hacen indefectiblemente millonarios o las pasan moradas para mantenerse.

Actualmente Nicholas Caldwell formaba parte de estos últimos. Era arriesgado con los espectáculos que representaba.

Los últimos no habían alcanzado el éxito esperado.

Ahora se hacían los últimos ensayos de *Rapsodia en Blues*. Todo hacía presagiar que con ésta se enderezaría el rumbo incierto del Ambassador's.

Caldwell había logrado reunir un buen elenco, tanto técnico como artístico.

Ahora, fumando uno de sus habituales habanos, sentado en la tercera fila de platea, contemplaba con satisfacción el desarrollo del número más sensacional del espectáculo, la *Rapsodia azul*, de Clay Lowell.

Mankheim, el coreógrafo, daba los últimos toques a la colocación de la pareja estelar, Vladimir Ivanov y Myrna Nolan. Marcando los espacios que los focos de color habían de cubrir siguiendo la evolución de éstos. Los cambios de colorido en la iluminación eran continuos y muy complejos en el desarrollo del baile, pero a no dudar serían largamente aplaudidos por el público.

—Bien, muy bien —decía Mankheim en aquellos momentos—. Pero tú, Vlad, y tú, Myrna, no tan atrás, adelantad tres pasos después del giro, exacto, así. Muy bien.

Y en aquel momento una barra metálica que sostenía dos pesados focos de metal cayó desde el techo sobre el centro del escenario, en el lugar que una fracción de segundo antes ocupara la pareja.

Un grito colectivo de alarma se dejó oír.

El encargado de la luminotecnia conectó todas las luces del escenario en el panel de interruptores, inundándolo de luz.

Ivanov, anonadado, sostenía en brazos a la desmayada Myrna.

Estaba intensamente pálido.

De haberles alcanzado de lleno los focos, posiblemente los hubiera matado.

Caldwell lanzó una retahíla de maldiciones saltando de su silla.

Durante un buen rato se buscó la causa del accidente.

No hubo tal.

Una llave inglesa cuya presencia en lo alto no se pudo justificar reveló que tal vez una mano criminal había sacado unas tuercas y provocado la caída.

Pero no apareció ningún posible culpable. Nadie circulaba por los pasillos del andamiaje.

Nadie había subido.

Myrna se recuperó pronto y fue a su camerino, acompañada por un par de bailarinas del conjunto.

Tal vez a lo sucedido no se le hubiera dado mayor importancia, pero un papel doblado sobre el tocador de la bailarina vino a sembrar la alarma de ésta.

Era una hoja de papel pautado, de las que se utilizan para las partituras. Sólo que en su pentagrama impreso no habían notas. Sólo palabras en color rojo.

Myrna Nolan no esperó a cambiarse, echándose una bata sobre los hombros corrió en busca de Caldwell con el papel en la mano.

Lo localizó al fin en su despacho. Entró sin llamar.

Caldwell levantó la mirada de su mesa atestada de papeles y palideció un tanto al ver el papel que Myrna sostenía entre sus agitados dedos.

—Esto es intolerable, Caldwell —dijo la bailarina, furiosa—. ¿Qué pasa en su teatro?

—No te entiendo, querida —dijo éste suavemente.

Myrna Nolan le tendió el papel pautado que sostenía en su

temblorosa mano.

—Lea —dijo imperativa.

Caldwell lo tomó y desdoblándolo fijó su vista en él.

—No irás a creer en tonterías como ésta, Myrna. Esto es obra de un desequilibrado.

—¿Pero es que no lo comprende, Caldwell? Es a mí a quien amenaza de muerte. Y han estado a punto de matarme.

—Ha sido un accidente, Myrna. Un lamentable accidente que no toleraré se vuelva a producir. En cuanto a ese papel, estoy seguro de que es una canallada más de Markham. Quiere comprar el *Ambassador's* a un precio ridículo. Depende mucho del éxito de *Rapsodia en Blues*, que tenga que verme obligado a vender o no. No me atacan directamente. Yo no temo baladronadas. Es en ti en quien me atacan, en mi estrella, quieren privarme de ti, y a ti de tu triunfo.

Caldwell sabía hablar y dar a sus palabras un tono convincente. En poco rato, Myrna se convenció de su precipitación. Más tarde, una llamada telefónica y una voz cavernosa le devolvieron la inquietud, pero ahora salió del despacho de Nicholas Caldwell completamente tranquilizada.

Sorteando los maquinistas y carpinteros, bordeó el escenario para regresar a su camerino.

Caldwell la siguió con la mirada hasta que la vio dirigirse al escenario.

¡Maldito Markham! Si no le daba pronto una lección acabaría por arruinarle.

Furioso se dirigió de nuevo a la mesa de su despacho y rebuscó entre los papeles hasta encontrar el que buscaba.

Tenía el nombre y la dirección de Philip Markham.

Marcó el número.

Aguardó unos segundos.

Le respondió una voz nueva para él.

—¡Quiero hablar con Markham! —masculló.

—No sé si el señor Markham podrá atenderle ahora por teléfono, pues...

—No se canse. Dígale que le llama Caldwell y seguro que se pondrá.

—¿Caldwell? —inquirió al cabo de un corto espacio de tiempo,

una voz fina al otro lado de la extensión.

—El mismo, viejo zorro.

—Sabía que recapacitaría, Caldwell. Mi oferta es muy buena para dejarla pasar...

—No le llamo por eso, Markham. No se haga ilusiones. Le llamo porque ya estoy hasta las mismísimas narices de usted y sus amenazas. Si creía que iba a asustar a Myrna Nolan se ha equivocado. La he convencido de que no debe temerle. Ha perdido el tiempo.

—No me gusta su tono, Caldwell. Ni sé de qué me está hablando.

—Además de puerco, es usted un cobarde, Markham.

—Escuche, Caldwell. No sé a qué viene su intemperancia o estupidez. Le hice una oferta y aún la mantengo. Pero no toleraré que me insulte ni por teléfono. ¿Me entiende? No se lo tolero. —Deletreó el final.

—Sabe perfectamente de qué estoy hablando. Y escuche por última vez mi respuesta a su oferta: ¡no!

—Ya nos veremos, Caldwell y me dará una explicación...

Caldwell no respondió.

Juzgó que no valía la pena.

Y colgó.

Quedó unos momentos pensativo.

¿Decía Markham la verdad?

Unos suaves golpecitos en la puerta cambiaron el rumbo de sus pensamientos.

—¡Adelante! —Gruñó.

La puerta se abrió y entró lo que se podría llamar un bombón pelirrojo enfundado en un maillot de baile. Sus piernas eran de antología, como lo eran las de Myrna Nolan.

A decir verdad, tanto aquélla como Linda Grayson eran dos mujeres esculturales.

Linda era la segunda bailarina del espectáculo.

—¡Hola, Nicholas! ¿Estás solo? Me había parecido oír voces...

—Eran gritos, Linda. Se los estaba dedicando al cerdo de Markham.

—¿Insistía en lo mismo?

—Y con igual fortuna —sonrió Caldwell.

—Me he enterado del susto que se han llevado Vladimir y Myrna. ¿Cómo pudo pasar?

—No lo sé, Linda. Pero fue algo más que un susto y sospecho que Markham no es ajeno a ello.

—Pudieron morir —susurró Linda.

—Lo sé.

—¿Habló Myrna contigo?

—Sabes que sí. No hace mucho que salió de aquí.

—¿Y piensa bailar?

—La convencí.

Linda hizo un mohín de disgusto.

—¿Hacía falta?

—¿Convencerla? Claro. Myrna es una magnífica bailarina. Se acopla muy bien con Vladimir y su interpretación de la *Rapsodia en azul* dará mucho que hablar. Será un gran éxito.

—Yo podría hacerlo igual —murmuró Linda Grayson.

—Tal vez —concedió Caldwell.

—¿Lo dudas?

—No, en absoluto. Pero su nombre me es muy necesario en el cartel. Es un nombre consagrado. Un nombre taquillera, ¿comprendes?

Linda asintió.

—Si en cualquier momento ella se volviera atrás, piensa en mí, Nicholas. ¿Lo harás?

—Ve tranquila.

—Sabría agradecértelo...

—¿Sí?

Linda Grayson se acercó a Caldwell y lo besó con ardor.

Caldwell reaccionando trató de abrazarla y repetir el beso. Pero Linda Grayson se zafó hábilmente.

—¿Recordarás lo que te dije?

—Lo recordaré —gruñó Caldwell—. Eres ambiciosa, ¿eh?

Linda sonrió y dando media vuelta salió del despacho del empresario.

CAPÍTULO II

Las visitas no habían terminado para Nicholas Caldwell aquella tarde. Sonaron unos discretos golpes en la madera de la puerta poco después de dejar Linda el despacho del empresario.

Caldwell, molesto por las continuas interrupciones, soltó un gruñido. Quien fuera el que estuviese al otro lado de la puerta lo debió tomar como una autorización y abrió.

Era una preciosa rubia. Otro bombón.

Sin embargo, el semblante de Caldwell tampoco pareció alegrarse con la nueva visita.

—¿Qué quieres, Susy? —preguntó sin ganas.

En realidad le importaba un pito lo que le pudieran responder.

—Me voy —dijo avanzando hasta la mesa.

—¿Cómo dices?

—Que me voy.

—Oye, nena. Tú sabes que...

—Sé que no cumples lo que prometes. No tengo contrato contigo, tal vez por ser demasiado generosa y confiada a la vez. Pero se acabó. Me voy con Markham. Tendré un número importante en su nuevo espectáculo.

—¡Ese maldito hijo de perra! —rugió Caldwell—. ¡Es que no va a dejarme en paz!

Susy hizo como si no le oyera y se sentó en un ángulo de la mesa, balanceando una pierna.

Caldwell no pudo evitar que su mirada se posase en aquella magnífica pierna, que Susy exhibía hasta iniciarse la fina tira del ligero.

Susy era una buena bailarina, podía sustituir a Linda, si ésta ocupaba el puesto de Myrna. Las íntimas relaciones que con ella sostenía hacían que no le hubiese hecho un contrato como tenía con el resto de los que intervenían en el espectáculo. También le había

prometido una parte más importante que un puesto destacado en el coro. ¡Pero que se fuera con Markham! ¡No podía tolerarlo!

Nicholas Caldwell apoyó su sudorosa mano izquierda en el muslo de Susy y lo acarició suavemente.

Susy se estremeció.

—Oye, bastardo —dijo la chica—. No creas que con tocarme vas a hacerme cambiar de opinión. Esta vez me voy.

Caldwell no hizo el menor caso.

Su mano se deslizó bajo la falda y tocó la fina braguita. Luego comenzó a acariciar el montículo que cubría.

Susy suspiró, cerrando los ojos.

Su pierna se abrió unos centímetros.

Caldwell seguía acariciando el sexo encubierto con sabios movimientos. De pronto se levantó y retiró suavemente la mano.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Susy con alarma, bajando de nuevo a la tierra.

Caldwell no respondió. Se limitó a pasar el cerrojo interior de la puerta y luego se vino hacia ella.

Susy se bajó indolente de la mesa.

Sus manos fueron al cierre de su falda y ésta cayó, como un telón, a sus pies. La blusa siguió el mismo camino.

Luego con paso felino fue hacia él que la contemplaba embelesado y comenzó a desabotonarle la camisa.

Caldwell acabó de sacársela.

Mientras, las manos de ella bajaban expertas la cremallera del pantalón de él que cayó al suelo, y se posaban sobre su virilidad que cubría el *slip*.

—No te preocupes, amor —dijo la chica bombón—. Susy te pondrá bien.

Caldwell sonrió placentero.

Pocos minutos después sobre el diván había un lío mayúsculo de brazos y piernas de entre los que emergían jadeos, suspiros y palabras tiernas.

Ivanov salió también bastante tarde del teatro. La caída de la batería de focos le había afectado bastante.

Al salir e ir a abrir su coche, una figura salió de las sombras. Ivanov dio un respingo.

Al reconocerlo, el bailarín palideció ostensiblemente.

—¿Qué quiere ahora? —Gruñó.

—Ya puede suponerlo Ivanov. Usted no es tonto. Estaba esperándole.

—No puedo darle más dinero ahora —se excusó sin rodeos el bailarín.

—Sí, sí podrá, Ivanov. Porque le interesa y porque yo se lo ordeno.

—¿Cuánto? —preguntó quedamente.

—Como la última vez. Dos mil dólares.

—¡Es demasiado! No podré reunirlos con rapidez.

—Allá usted. Los quiero pasado mañana. Estaré sentado en el palco presenciando el ensayo. Llévemelo allí. Si no quiere tener problemas, no falle.

Y saludando con un gesto de su mano derecha, la sombra se perdió en la niebla.

Ivanov crispó los puños mientras la veía desvanecerse.

Tendría que pensar algo para acabar con aquella sangría.

Luego, pensativo y furioso, subió a su coche.

Myrna Nolan salió del teatro y se subió el cuello del abrigo. Soplaban bastante aire como era frecuente en San Francisco y sintió frío. Se hallaba destemplada. Le había causado una profunda impresión la caída de aquellos focos. Le horrorizaba recordar que segundos antes ella y Vladimir habían estado debajo.

No creía en un accidente. No, por varios motivos. Y tomó una decisión, contrataría un detective privado.

Recordaba que algún tiempo atrás le habían dado la tarjeta de uno, muy bueno al parecer. Pensaba buscarla al llegar a su casa y visitarlo al día siguiente.

Una mano que se posó en su hombro le hizo dar un respingo, mientras se giraba veloz.

—¿Qué te pasa? —dijo Charles Mankheim—. Si buscas taxi, yo puedo acompañarte.

—Me asustaste —se excusó la bailarina.

—Te creo —rió el coreógrafo—. Has palidecido...

—Estoy asustada, Charles. De verdad.

—Fue un accidente, Myrna. Estoy seguro. ¿Quién iba a quereros mal a ti y a Vlad?

—Me han amenazado, Charles...

—¿Amenazado?

—¿No te dijeron nada en el teatro?

—No. ¿Quién podía decírmelo?

—No lo sé. Estoy confusa. Tal vez Caldwell, él lo sabía, y esas noticias corren rápidas.

—No oí nada al respecto. Puedo asegurártelo.

Myrna Nolan metió la mano en su bolso y extrajo el papel pautado, tendiéndoselo.

Charles lo tomó y lo desdobló cuidadosamente.

Luego lo leyó con estupor. Casi con incredulidad.

—Debe ser obra de un desequilibrado o un bromista de mal gusto. No te preocupes —dijo sin convicción.

—¡Ojalá pudiera creerte! Pero estoy muy asustada, Charles.

—¿Ibas a casa?

—Sí. Esperaba que pasase un taxi para pararlo.

—Vamos, te acompaño. Tengo el coche allí... —Y señaló un lugar al otro margen de la calle.

Luego la tomó del brazo suavemente y ambos caminaron en silencio hasta el automóvil.

Mankheim le abrió la portezuela derecha y ella entró sentándose junto al asiento del conductor. Rodeando el vehículo el coreógrafo entró a su vez.

—¿Dónde vives? —inquirió Mankheim, poniendo la llave en el contacto.

Myrna indicó la dirección de su domicilio y el vehículo arrancó.

Durante un rato, circularon por las empinadas calles permaneciendo en silencio; sumidos en sus pensamientos.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad, Myrna? —dijo Mankheim con suavidad.

Myrna Nolan se sobresaltó.

No había pensado en ello.

¿Y si era Charles el autor del anónimo? ¿Dónde estaba cuando el accidente? ¿Cómo no se le había ocurrido pensarlo?

Y ella, la muy ingenua, había caído en su trampa...

Se volvió hacia él, lentamente, el pánico se reflejaba en sus hermosos ojos.

Charles Mankheim sonrió nerviosamente.

—Sé lo que piensas. No, Myrna. Conmigo estás a salvo. Debes creermelo. Te ayudaré en lo que sea, pero por favor, confía en mí.

Myrna Nolan hizo un gran esfuerzo, pero fue serenándose. Las palabras de Charles le parecían sinceras y eso la había tranquilizado en parte.

—Bien, ya hemos llegado. ¿Me invitas a una copa arriba, Myrna?

Myrna Nolan le volvió a mirar fijamente.

—No. Hoy no, te lo ruego.

—Claro, te comprendo... Bien, ya la beberemos otro día...

—No te enfades conmigo, Charles. Lo cierto es que estoy muy cansada y necesito serenarme.

—No insistiré, te lo prometo, pero déjame acompañarte arriba. Me iré más conforme si sé que estás tranquila en casa.

Otra vez la sensación de miedo volvió a posesionarse de Myrna Nolan.

Y otra vez la suave voz de Charles Mankheim la tranquilizó.

—Vamos, Myrna...

Bajaron del auto y, como antes, Myrna se dejó prender del brazo.

Subieron en el elevador. Mirándose en silencio.

Salieron de éste y llegaron ante la puerta del apartamento.

En silencio, Myrna introdujo la llave haciéndola girar.

Entraron y encendieron las luces. Todo estaba en perfecto orden.

—Bien. Te dejo, Myrna. Es lo pactado por hoy. Telefonéame si me necesitas, estoy en el hotel Astor.

Myrna asintió con la cabeza.

—Hasta mañana —se despidió Mankheim, saliendo.

—Charles —le llamó Myrna, suavemente.

—¿Sí?

—Gracias.

Y Myrna Nolan le tiró un beso con los dedos.

Luego cerró lentamente la puerta.

Mankheim fue hacia el elevador.

Apenas haría diez minutos que Myrna estaba en su casa, cuando repiqueteó el teléfono.

La bailarina, a medio vestir, fue hacia el teléfono, descolgando el auricular y llevandoselo al oído.

—No me conoces —dijo una voz cavernosa, que parecía venir del más allá—. Hoy no he querido matarte. Pero puedo hacerlo cuando desee. No desperdicies este segundo aviso. Puede no haber más. Te prohíbo bailar la *Rapsodia en azul*. Interpretarla equivale a morir.

Luego al otro lado de la línea sonó un clic.

Habían cortado la comunicación.

Blanca como el papel, Myrna Nolan dejó caer el auricular.

Luego abatida se desmayó sobre un sillón y durante un buen rato se sintió incapaz de moverse.

Pero su cerebro trabajaba...

Tenía que hallar la dirección del investigador privado que le recomendaron.

¿Dónde la puso?

El zumbador de la puerta la hizo estremecerse involuntariamente.

¿Quién podía ser?

Con paso rápido fue al dormitorio y cogió una bata del armario ropero.

El zumbador volvió a sonar.

Poniéndosela por el camino, corrió hacia la puerta.

Acercó el rostro a la mirilla...

Y vaciló antes de abrir, mientras el zumbador sonaba por tercera vez.

El visitante era Edwin Thompson, autor del libreto de *Rapsodia en Blues*.

Abrió la puerta.

—¡Buenas noches, Myrna! ¿Puedo pasar?

—Claro, Edwin.

—Creí que no estabas...

—Estaba cambiándome, por eso tardé en abrirte. Ven, siéntate.

Edwin Thompson era un joven de unos treinta y ocho o cuarenta años bien parecido, con el cabello muy negro y un fino bigote a lo Clark Gable. Vestía un elegante terno azul. Todo él inspiraba simpatía instintivamente.

—Llegué tarde hoy al teatro. En realidad, nada tenía que hacer por allí, salvo ver algún ensayo. Vi a Caldwell, poco antes de irse, y me contó lo sucedido. ¿Estás bien?

—Ahora sí, estoy más tranquila —dijo Myrna sentándose frente a él.

—Pudieron mataros esos focos... Fue una negligencia imperdonable.

—¿No te dijo Caldwell nada más?

—No. ¿Qué tenía que decirme?

—He sido amenazada de muerte.

—¿Tú? —exclamó Thompson, incrédulamente.

—Sí. Primero recibí un anónimo y hace un rato por teléfono me lo han recordado con una segunda advertencia. Si bailo *Rapsodia en azul* me matarán.

—Pero eso no es posible. Debe ser algún loco...

—Sea quien fuere y broma o no, tengo mucho miedo... pueden matarme en cualquier momento.

—¿Has avisado a la policía?

—No. No nos interesa faltando tan poco para el estreno. Pero pienso contratar a un detective privado para que me custodie y averigüe quién puede habérmelo mandado.

—Y lo de esta tarde... ¿Crees que puede estar relacionado?

—Según Nicholas, no. Opina que ha sido algo fortuito causado por negligencia y obra de un bromista de mal gusto lo del anónimo.

—No has respondido a mi pregunta, ¿qué piensas tú?

—Sinceramente no lo sé. Puede haber sido un accidente y una obra de mal gusto el anónimo, pero puede ser todo una realidad...

—Esto significaría que en el teatro hay un asesino... Entre nosotros, o alguien que tiene libre acceso a estar entre bastidores.

—Exactamente. Pero ten en cuenta que para los ensayos, Caldwell no admite periodistas, ni fotógrafos, ni tan siquiera amigos o conocidos de los que intervenimos, salvo raras excepciones. Eso reduce considerablemente el círculo de posibles sospechosos, ¿no?

—¿O sea que yo mismo pude enviarlo, no es así?

—Sí —dijo Myrna tras una breve vacilación.

El darse cuenta de ello hizo que el miedo volviese a ella.

Estaban allí solos.

¡Y ella le había abierto la puerta!

—Pero yo no lo hice, Myrna. Además no tendría motivo alguno para algo semejante.

—¿Ni tan siquiera por Linda?

—¿Qué tiene que ver Linda con eso?

—Si yo desaparezco... ella posiblemente me sustituiría. Es un buen papel para alcanzar fama. La música es genial y tu letra muy buena...

—Gracias, pero... no comprendo...

—Congeniáis mucho, ¿no es cierto?

—Bueno, Linda es una chica complaciente, pero yo no mataría porque hiciera tu papel.

—Eso supongo —murmuró Myrna.

—Puedes estar segura. Yo te aprecio. Por eso vine. Quise expresarte mi afecto y ponerme a tu disposición por si me necesitas para algo.

—Gracias, Edwin.

—¿Me ofreces una copa, Myrna?

—Claro, perdona. Lo cierto es que estoy muy nerviosa —dijo, levantándose.

—Lo comprendo...

—Ven aquí —dijo, acercándose al mueble-bar—. Y sírvete tú mismo, Edwin.

Edwin Thompson se levantó y caminó tras ella.

A una indicación de Myrna abrió el mueble-bar, repleto de bebidas.

—¿Algo para ti? —preguntó Thompson.

—Bueno, si eres tan amable, me tomaría un martini cocktail.

—Yo también —sonrió él empezándolos a preparar—. ¿Oye, has cenado?

—No. Cuando has llamado estaba a medio desnudarme...

—Pues vístete. Te espero. Iremos juntos a cenar por ahí.

—Pero yo...

—No valen peros, Myrna. Y ahora antes de la cena, brindaremos con estos martinis.

—Un brindis original... —dijo ella tomando la copa que él le tendía.

—Por ti, Myrna —dijo él entrechocando su copa con la de ella.

—Por nuestra amistad —brindó Myrna Nolan.

Diez minutos después ambos abandonaron el apartamento de la bailarina para subir en el coche de Edwin Thompson y perderse en la niebla de San Francisco.

Todo el personal técnico y artístico había salido ya del Ambassador's. Sólo una sombra que andaba por el telar deslizándose por el complejo andamiaje revelaba la existencia de vida en el teatro, ahora sumido en las tinieblas y el silencio.

Sin embargo, más que un síntoma de vida, aquella figura era un mensajero de muerte.

Al día siguiente se ensayaría de nuevo varios números de la *Rapsodia en Blues* y entre ellos la *Rapsodia azul* con música de Clay Lowell. Aquella figura que trabajaba aislada y silenciosamente sobre el escenario del Ambassador's entre contrapesos, baterías de focos, cuerdas y bambalinas trataría de impedirlo.

La muerte flotaría de nuevo en el ambiente, amenazadora hiriente. La luz de la linterna se movía en lo alto como una pequeña luciérnaga. Luego se alejó para acercarse a una de las escaleras metálicas del fondo del escenario y descender.

Pocos minutos después una oscuridad total se adueñaba del teatro.

CAPÍTULO III

Entré en la antesala de mi despacho después de empujar la puerta que con letras de molde ponía sobre vidrio biselado:

ROY NELSON Investigador Privado

Entonces volví a ver aquel espectáculo que no me cansaba de contemplar: las piernas de Rosie, mi secretaria, que se tensaba una media.

Silbé alegremente.

Terminó de abrochar el portaligas y se bajó la falda.

Fin del espectáculo.

—¡Hola, jefe! —me saludó.

—Buenos días, muñeca —dije.

—No me llames muñeca, sabes que no me gusta.

—Está bien, nena.

—Tampoco nena.

—Como quieras, preciosa.

—Eso está mejor.

—¿Tenemos mucho trabajo? —inquirí antes de pasar a mi despacho privado.

—Apenas. Un marido celoso que desea saber qué hace su mujer durante el día, una vieja que ha perdido su gato y una empresa deseando informes de un empleado de fidelidad dudosa.

Hice una mueca de desagrado y solté un gruñido.

—¡Vaya porvenir! —dije entre dientes—. A veces echo de menos el Precinto. Aquello era más movido.

Me refería a que antes de dedicarme a fisgón había sido teniente de policía. Debido a que mi forma de hacer cumplir la ley no fue considerada muy ortodoxa, en especial por los mamporros que repartía, fui invitado a dejar el cuerpo para evitar ser expulsado del

mismo.

—También llamó, pidiendo hora, Myrna Nolan.

—¿La bailarina?

—Ajá —dijo Rosie.

—¿Qué hora le diste?

Rosie dio una ojeada a su reloj.

—Insistió mucho en que era urgente. Le dije que viniera hoy a las once y media. No puede tardar.

Miré mi reloj. Faltaban apenas unos minutos para las once y cuarto.

—¿Especifiqué qué deseaba?

—Verle para un asunto estrictamente personal... —dijo Rosie con cierto retintín.

—¡Ah! —dije sin imaginar qué podía querer de mí.

—Según las fotografías que publican las revistas es muy hermosa, ¿no?

—Sinceramente, Rosie. No la recuerdo más que de nombre.

—¿Es posible, jefe? —me respondió con asombro—. ¿Una mujer bella y desconocida del gran Roy Nelson?

—No debe tener bonitas las piernas. Casi ninguna bailarina de *ballet* las tiene para mi gusto. Suelen ser nervudas, con los nervios tensos. Una birria —reí.

No nos habíamos percatado y la puerta se había abierto. Una figura femenina ocupaba el vano de la puerta.

—¿Es ésa la opinión que tiene usted de las piernas de las bailarinas? Contemple las mías señor Nelson. Quizá varíe de opinión.

Y la mujer que había entrado se subió las faldas hasta medio muslo.

Mi vista fue desde sus tobillos hasta sus ojos verdes. ¡Vaya mujer! Era un auténtico bombón.

Cabello negro azabache de azulados reflejos, piel dorada, ojos verdes, nariz respingona y labios rojos, gordezuelos y húmedos, que invitaban a ser besados. Su figura era esbelta, altiva, elegante y sus piernas... bueno, sus piernas merecían un detenido estudio.

Rosie hizo un mohín de disgusto que no me pasó desapercibido ante las palabras de la recién llegada. Yo abrí un palmo la boca.

—Soy Myrna Nolan —dijo la recién llegada, dejando caer el

borde de su falda.

Eso hizo que se rompiera el hechizo.

—Debe disculparme —dije torpemente—. Hablaba en general. Veo que tenía una opinión errónea.

—¿Quiere decir que le gustan mis piernas, señor Nelson? —rió graciosamente la bailarina.

—Mucho —dije espontáneamente.

—¿Podemos hablar? —dijo Myrna Nolan.

—Claro, pase —dije abriendo la puerta de mi despacho.

Me precedió. Iba a cerrar tras de mí, cuando me apercibí de que Rosie estaba pegada a mí, con un bloc en la mano.

—Eso es todo, Rosie —dije—. Si la necesito la llamaré.

—Mejor será que tome notas de lo que la señorita Nolan diga —dijo, pegándome un punterazo en la espinilla, sin que nuestra visitante se apercibiese.

Por poco aúllo de dolor.

—No hará falta, gracias —dije entre dientes, empujándola hacia afuera.

Sin embargo, no conseguí que saliera.

Eso sí, conseguí una nueva caricia de su zapato.

¡Diablo de chica! Eran celos lo que tenía. Estaba loca por casarse conmigo. Y yo por acostarme con ella. En lo de la boda diferíamos.

Me resigné.

Se sentó en un rincón, cruzando descuidadamente las piernas, pero procurando que yo me apercibiese y con el bloc sobre las rodillas.

Mi visitante se había sentado en uno de los sillones frente a mi mesa y encendía un cigarrillo.

Rodeé la mesa y me senté en mi sillón giratorio.

—Usted dirá, señorita Nolan —dije carraspeando ligeramente.

Miró hacia Rosie.

—¿Es necesario? —indagó.

Rosie se puso roja como la grana.

Carraspeé ligeramente antes de responder.

—Bueno, es mejor —dije sin comprometerme—. Rosie es de mi absoluta confianza. Puede hablar tranquilamente en su presencia.

Exhaló una voluta de humo. Su mirada estaba perdida en la lejanía. Parecía meditar cómo iba a empezar. Al menos así me lo

pareció y no quise turbar sus pensamientos.

No se cansó demasiado adornando el motivo de su visita.

—Intentan matarme —espetó a boca de jarro.

Abrí la boca sorprendido.

—¿Por qué? —pregunté.

No respondió.

Se limitó a abrir su bolso y de él extrajo un papel doblado. Me lo alargó.

Lo tomé entre mis dedos y lo desplegué. Estaba escrito en tinta roja sobre el pentagrama en un papel de partitura. No llevaba firma alguna.

El anónimo era escueto. Decía:

«No baile la *Rapsodia azul* o la mataré».

Enarqué las cejas. No acababa de interpretar el significado. Levanté la vista y la clavé fijamente en sus ojos.

—Tengo miedo, señor Nelson. Estoy a punto de estrenar en el Ambassador's Theater la obra *Rapsodia en Blues*. El número base es el *ballet* llamado *Rapsodia azul*. Es magnífico. Obra de un auténtico genio como es Clay Lowell. No podemos suprimirlo de la obra.

—¿No puede ser una broma de mal gusto, señorita Nolan?

—¿Llamaría broma de mal gusto a dejarme caer unos focos desde el andamiaje del techo que no me aplastaron por milagro?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres días.

—¿Antes o después de recibir ese anónimo?

—Antes.

—Pudo ser un fallo de los electricistas...

—No había nadie arriba, teóricamente. Pero los focos cayeron. Una llamada telefónica por la noche me anunció que era el primer aviso y que no habían querido matarme aún. Hemos seguido ensayando. Ayer recibí también esa misiva. Es el segundo aviso, ¿comprende? ¡Tal vez no haya un tercero!

—¿Era voz de hombre o de mujer?

—De hombre. Estoy segura. Era una voz cavernosa, profunda...

—¿Tiene algún enemigo?

—Todos los famosos los tienen —dijo con cierto orgullo, tras pensar unos segundos.

—No era ésa la dirección de mi pregunta, señorita Nolan. Piénselo bien. ¿Tiene algún enemigo en particular?

Myrna Nolan vaciló. Por un momento creí que sería otra su respuesta. Sin embargo, dijo:

—No. No lo tengo.

Pero yo intuí que mentía por la inflexión de su voz.

—¿Avisó a la policía?

Movió negativamente la cabeza.

—No harían caso —repuso—. Y tengo mucho miedo. Deseo que me proteja, señor Nelson.

Me percaté de que estaba aterrorizada, aunque se esforzaba en disimularlo. Sus ojos reflejaban una muda súplica.

—Está bien —dije—. Haré lo que pueda.

—Tiene que encontrar a ese hombre, Nelson. Tiene que encontrarlo. Le pagaré bien.

Volvió a meter la mano en su bolso y sacó un fajo de billetes que dejó en la mesa, frente a mí.

—Hay cinco mil dólares, señor Nelson. ¿Es suficiente por el momento?

Asentí.

—No me gusta hablar de honorarios hasta estudiar qué resultados puedo ofrecer —murmuré.

—No hay tiempo en este caso. Pueden matarme en cualquier momento. Nicholas Caldwell, el empresario, no querrá ni oír hablar de suspender ese número y me liga a él un contrato. Además, ya le digo, es magnífico. Para elevar a la cumbre.

—¿Cuándo volverá a ensayarlo? —pregunté.

—Esta tarde. Sobre las seis.

—Estaré en el teatro. Nada pasará. Confíe en mí —dije dándole una seguridad que yo mismo estaba muy lejos de sentir. Pero ella la necesitaba.

Se levantó. Alisó su falda y me alargó la mano.

La retuve unos momentos entre las mías.

—No se preocupe. De verdad —dije tranquilizador. Me sonrió y se encaminó hacia la puerta.

—¡Adiós! —dijo dirigiéndose a Rosie, que se levantó para acompañarla.

Miré nuevamente el anónimo cuando hubo salido. ¿Por qué

estaba escrito en papel con pentagrama? ¿Casualidad o había algún motivo?

CAPÍTULO IV

Mientras iba al volante de mi viejo Chrysler, recordé algo que recientemente había leído sobre el Ambassador's Theater. No era muy dado a este tipo de espectáculos y obedecía puramente a la casualidad que lo conociese y, más aún, que lo recordase siquiera.

Últimamente, Caldwell, el propietario, no había tenido demasiado éxito con los espectáculos que montara. El Ambassador's había ido decayendo hasta ser considerado un teatro de segunda fila. Según los críticos, la economía de Nicholas Caldwell debía estar algo maltrecha. Sin duda para él *Rapsodia en Blues* significaba mantenerse o hundirse definitivamente.

Los ensayos se hacían con bastante secreto, los críticos ignoraban las posibilidades del nuevo espectáculo. Pero éste tenía a su favor que Caldwell se había hecho con un gran elenco de figuras, Myrna Nolan como primera bailarina, Linda Grayson como segunda. El gran bailarín de origen ruso Vladimir Ivanov como pareja de la Nolan. La escenografía era de un tal Charles Mankheim, la letra de Edwin Thompson y la música de Clay Lowell, un genio al parecer.

Según tenía oído, aquel estreno sería un *boom* en San Francisco. La continua publicidad había hecho que retuviese estos nombres que en realidad, hasta el momento presente, nada me habían importado.

Ahora era distinto.

¿Estaría alguno de ellos relacionado con los anónimos?

Después de oír a Myrna Nolan, sentía un gran interés por oír la famosa *Rapsodia azul* que había de ser la consagración de Myrna.

Rosie se había quedado a regañadientes en la oficina. Para que se distrajera, le encargué que comprara las últimas revistas publicadas sobre artistas y su mundillo y que me recortara todos los chismes o rumores que hicieran referencia al Ambassador's y a la

compañía de *Rapsodia en Blues*. Cuánta mayor documentación obtuviera mejor.

El edificio del Ambassador's era ya muy antiguo. Pero una capa de pintura lo remozaría. Se halla situado en la calle Veintiuno.

Aparqué a media manzana por no meterlo en un *parking*. Grandes carteles en la fachada anunciaban el estreno para la próxima semana. Me dirigí a la entrada del escenario que estaba en un callejón adyacente.

Había una cabina de control donde un hombre de unos sesenta años hacía de portero.

Me miró con desconfianza cuando me vio entrar y me pidió el pase. Me di a conocer como amigo personal de Myrna Nolan, diciendo que además ésta me aguardaba y tras una vacilación me autorizó la entrada a los bastidores.

Bastante gente pululaba por allí.

Iban vestidos con ropa de ensayos. No con lo que llevarían en la función. Por eso el colorido era variopinto.

Pregunté por Myrna y me señalaron un pasillo al fondo del escenario. Me encaminé a él y casi lo recorrí antes de ver una puerta con una estrella plateada y pintado en ella, el nombre de mi cliente.

Di unos discretos golpecitos.

—Entren —dijo la voz de la bailarina.

Y entré.

Se hallaba sentada ante un espejo rodeado de bombillas, dando unos retoques a su maquillaje. Vestía un leotardo negro, casi transparente que se adhería a su cuerpo como una nueva piel.

Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no silbar de admiración ni lanzarme sobre ella como el Séptimo de Caballería en su famosa carga.

Si por la mañana había contemplado una buena ración de sus piernas enfundadas en fino nylon, ahora podía verlas en su totalidad. Eran esbeltas, elegantes y sobre todo perfectas.

Y no hablemos de su busto, turgente, erecto, retador.

Me sonrió a través del espejo. Sin volverse.

—Qué tal, Nelson.

—Puede llamarme Roy —indiqué generosamente.

—Y a mí, Myrna —dijo ampliando su sonrisa—. Ahora

ensayaremos. Le gustará presenciarlo.

—No me cabe la menor duda —dijo galantemente.

Parecía tranquila. Tal vez por mi presencia allí. Pero un ligero temblorcillo que advertí en sus manos desmentía que la tranquilidad fuera la habitual.

—Siéntese, Roy —dijo, señalándome una banqueta muy cercana a la silla que ocupaba.

Obedecí.

Era francamente hermosa. La repasé con la mirada. De reojo, debió apercibirse, pero nada dijo.

Eché una mirada en derredor. Había varias fotografías adheridas a la pared. Les dirigí un vistazo con curiosidad profesional. Ninguna llamó mi atención.

—A escena, señorita Nolan —dijo de pronto una voz en el pasillo—. Va a comenzar el ensayo.

Se levantó con un suspiro encaminándose a la puerta, yo lo hice a mi vez y la seguí como un perrillo.

Llegamos al escenario.

Impresionaba ver desde allí el aforo del teatro.

Caldwell salió a nuestro encuentro mirándome con curiosidad no exenta de antipatía.

Myrna me presentó como un antiguo amigo.

Según me había dicho al salir del camerino no había comentado con nadie lo del anónimo. Convinimos en que era mejor que a ser posible ignorasen mi condición de investigador privado, ello les haría comportarse con mayor naturalidad y facilitaría mi tarea de descubrir al autor de la misiva.

—¿Le gusta a usted el *ballet*, señor Nelson? —preguntó Caldwell.

Miré a fondo a mi interlocutor. Era bajo; ligeramente obeso, bastante calvo. Sus ojillos, porcinos, eran extraordinariamente vivaces. Vestía un terno gris oscuro con una fina raya blanca y una chillona corbata que asemejaba una ensaladilla rusa. Fumaba un grueso habano.

Tras su aspecto algo pueblerino, adiviné una mente clara.

—He visto poco para poder juzgar —repuse sin comprometerme.

—Siendo amigo de Myrna, creí que había visto bastante —dijo con ligera sorna.

—Sólo tengo ojos para ella cuando baila —dijo galantemente—.

Lo que baile es secundario para mí como la música.

—Espero que mi música le despierte de esa apatía musical, señor... —dijo sonriendo un individuo que se nos había acercado.

—Nelson —dije—. Roy Nelson.

—Éste es Clay Lowell, el autor de la música, Roy. Ahora podrás admirarle. No se puede hacer menos con el autor de *Rapsodia azul* —me presentó Myrna.

Estreché su mano.

Lowell era un individuo de unos cincuenta años, alto, fornido, de blancos aladares en su cabello negro ondulado. Tenía más aspecto de deportista que de músico.

—Me harás sonrojar, querida —dijo Lowell con cierta afectación.

Vladimir Ivanov se unió al grupo.

Estaba enfundado en un maillot de baile de color blanco. Alto, muy rubio, rostro afeminado, me estrechó la mano con languidez.

—¿Estás lista, Myrna? —inquirió con suavidad, tomándola del brazo.

La bailarina asintió.

Nos retiramos hasta el borde del escenario, situándonos entre bastidores, las luces se oscurecieron.

En el centro del mismo, bañados por una luz azul intensa, quedaron Myrna y Vladimir. Se hizo un silencio absoluto en el teatro.

La orquesta inició desde el foso los primeros compases de *Rapsodia en azul* y la pareja de baile comenzó a evolucionar suavemente.

No hacía falta escuchar mucho rato aquella melodía para que uno se diera cuenta de que era excepcional.

Myrna y Vladimir la bordaban con su interpretación.

Eché un vistazo en derredor. Estaba rodeado de tramoyistas, carpinteros y bailarines. No vi junto a mí a Caldwell, ni a Lowell.

Más allá de la boca del escenario, el teatro estaba sumido en la penumbra. Algunas personas ocupaban asientos en las dos o tres primeras filas de la platea.

Una hermosa pelirroja sentada con un individuo de porte cinematográfico llamó poderosamente mi atención. Le susurré a un tramoyista que tenía junto a mí si los conocía.

—Claro que sí, amigo. Ella es Linda Grayson, segunda bailarina. Él es Charles Mankheim, el escenógrafo.

Le di las gracias y seguí contemplando cómo evolucionaban Vladimir y Myrna. La música alcanzaba su punto de mayor esplendor. Me sorprendió que un tipo como Lowell hubiese sido capaz de crearla.

Y de pronto ocurrió. Por entre las bambalinas cayó al escenario un pesado saco de arena, de los utilizados como contrapeso de los telones del decorado.

Rozó levemente a Ivanov, desplazándolo unos pasos y haciéndolo caer. Myrna trastabilló perdido el equilibrio, al faltarle el apoyo de Vladimir y se desplomó desmayada.

Varias figuras emergieron de entre los bastidores invadiendo la escena. Se oyeron varios gritos y órdenes.

—¡Luces! —grité, tratando de hacerme oír en medio de la baraúnda reinante y me lancé hacia la escalera que conducía al telar donde se hallaban las grandes barras cilíndricas de las que se colgaba el decorado.

Los pasillos de madera que cruzaban el escenario estaban desiertos. No vi a nadie pese a escudriñar varios rincones. Había desenfundado mi Magnum y estaba dispuesto a cazar al frustrado asesino.

Pero no encontré a nadie ni nada que pudiese orientarme.

Eso sí. Pude comprobar que la cuerda que sostenía el saco había sido cortada con un afilado cuchillo.

No había sido un accidente.

Alguien estaba interesado en que no se interpretase *Rapsodia en azul* dentro de la representación de *Rapsodia en Blues*.

Myrna Nolan había estado al borde de la muerte.

Y tal vez Vladimir Ivanov.

CAPÍTULO V

Trasladaron a la desvanecida Myrna a su camerino, tendiéndola sobre el diván.

Vladimir Ivanov, presa de un ataque de nervios, había ido al suyo. Allí me dirigí.

No distaba del de Myrna.

Di unos discretos golpes en el tablero de la puerta. Me respondió un gruñido que no pude traducir.

Me encogí de hombros y entré.

Ivanov estaba estirado. Se incorporó de un salto al verme.

—¿Quién diablos le autoriza a entrar!

—¿Quién intenta matarle, Ivanov? —espeté a bocajarro.

Dio un salto y respingó como si de pronto le faltara aire.

—¿Quién le ha dicho...?

—Luego, ¿es cierto, no? —Seguí machacando.

Me miró fijamente.

—¿Quién es usted?

Parecía terriblemente asustado.

—Roy Nelson —dije sencillamente.

—Sí, ya sé, pero...

—Soy detective privado.

Pareció relajarse un tanto.

—¿Le amenazaron si interpretaba la *Rapsodia en azul*? —aventuré.

Movió la cabeza afirmativamente.

—¿Quién?

—No lo sé. Fue un anónimo.

—¿Lo tiene ahí?

—No. Lo rompí. Lo cierto es que no le di importancia. Pero el foco el otro día y hoy el saco... ¡Intentan matarme! ¿Comprende...? ¡Matarme!

Parecía a punto de un nuevo ataque de nervios.

—También amenazaron a Myrna Nolan. Por ello estoy aquí.

—¡Dios mío! —musitó llevándose una mano a la boca.

Durante unos segundos permanecí examinándolo fijamente.

Algo parecía claro.

Nadie parecía ir directamente contra Myrna Nolan.

Ni contra Vladimir Ivanov. Aunque así lo pareciese.

Sólo querían que no se interpretase *Rapsodia en azul*.

¿Por qué?

—No volveré a interpretar esa maldita rapsodia. Rescindiré mi contrato si Caldwell se empeña en ello —gimoteó, revelando más aún su faceta homosexual.

Le dejé. Ya me había dicho lo que quería saber.

¿Quién más habría sido amenazado?

¿Mankheim? ¿Caldwell? ¿Lowell? Tal vez todos.

Tendría que averiguarlo.

Me paré ante el camerino de Myrna Nolan. Se oían varias voces procedentes del interior.

Fácilmente pude identificar la de Caldwell y la de Myrna. La otra me era desconocida.

Llamé con los nudillos y entré sin esperar respuesta.

—¿Dónde se había metido, señor Nelson? —inquirió con tono de reproche la bailarina.

—Estuve indagando —dije vagamente.

—¿Indagando? —preguntó Caldwell enarcando las cejas.

—Soy investigador privado —aclaré.

El otro individuo me miró con curiosidad. Era joven. Unos treinta años a lo sumo. Vestía con cierto descuido. Parecía ajeno al problema que sin duda se comentaba. Como si estuviera incómodo allí.

—No comprendo... —empezó el empresario.

Myrna le interrumpió.

—Yo contraté al señor Nelson. Fui amenazada, Caldwell, y por dos veces se ha atentado contra mí en tu teatro.

—Vamos, querida —rió suavemente Caldwell—. No debes dejarte llevar por los nervios. Ciertamente eso suele ocurrir antes de los estrenos, pero no hay motivo en esta ocasión. Todo marcha sobre ruedas. Todo el mundo domina su papel y tú interpretación

con Vladimir de la *Rapsodia azul*, de Lowell es soberbia.

—Te repito que han intentado matarme —alegó Myrna nerviosamente.

—No puedes llamar así a dos accidentes, Myrna. Porque estoy seguro de que sólo fueron accidentes. Además estaban en ambos casos con Vladimir. ¿Por qué iban a ser dirigidos contra ti?

Myrna titubeó unos segundos. Luego dijo categórica:

—Porque he sido amenazada. ¿Me oyes? ¡Amenazada de muerte! Nelson vio el anónimo que recibí.

—Es cierto —confirmé—. Pero lo que he averiguado es que Vladimir Ivanov fue asimismo amenazado.

—¡Están locos! ¡Rematadamente locos! —Gruñó Nicholas Caldwell—. ¡No puedo creerlo!

—Yo sí lo creo —dije simplemente—. Cuando se produjo la caída del contrapeso, subí encima del escenario. Vi la cuerda que había sostenido el saco. Haba sido cortada a propósito con una navaja o cuchillo con un filo extraordinario. No fue un accidente.

—¿Quiere decir que fue realmente un intento de asesinato? —intervino con cierta incredulidad el individuo que estaba al lado de Caldwell.

Le miré con curiosidad y Myrna interpretando mi expresión se apresuró a presentármelo.

Es Edwin Thompson, Roy.

Me tuteó por primera vez. Luego añadió:

—Es el autor del libreto. Todo el espectáculo es magnífico. Puedo asegurarte que no es sólo la *Rapsodia azul* lo único que será aplaudido. Su letra es tan buena como la música de Clay.

Estreché su mano y respondí a su pregunta.

—Sí. Creo que fue un intento de asesinato. Indiscriminado. Dirigido a Ivanov o a Myrna.

—¿Por qué iban a querer matarles? —dijo sorprendido Thompson.

—Con un solo objeto —repuse—. El de que no se represente la *Rapsodia azul*.

—Eso es una estupidez —comentó.

Me encogí de hombros.

La naturaleza humana es muy compleja. Si alguien se había empeñado en ello, su motivo tendría. Válido o no. Lo que era

inadmisible era el camino que seguía para conseguirlo.

—¿Tienen alguna idea acerca de quién pueda encubrir ese objetivo?

Miré alternativamente a Caldwell y a Thompson.

Ninguno de los dos me respondió.

Sin duda pensaban en mis palabras.

Myrna rompió la tensión.

—Si me espera unos minutos, Roy, saldré con usted. Hoy ya nada más tengo que hacer aquí.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Tiene que aclarar esto, Nelson —gruñó Caldwell con una intensa arruga en la frente—. La *Rapsodia azul* debe interpretarse, es uno de los mejores números de *Rapsodia en Blues*. Su omisión perjudicaría notablemente al resto del espectáculo.

—Eso es cierto —intervino Thompson—. La *Rapsodia azul* o de Nueva Orleans como podríamos llamarla, por estar inspirada en sus *Blues*, es una base importante, no es conveniente suprimirla.

—Respóndame sinceramente, Caldwell —dije—. ¿Recibió usted algún anónimo amenazándole si se representaba *Rapsodia azul* en su teatro?

—No, no he recibido ningún anónimo. Creo que desorbita la cuestión, Nelson.

Se hizo un silencio engorroso.

Nuevamente Myrna fue quien lo quebró.

—Voy a cambiarme. ¿Tienen la amabilidad de esperar afuera?

Me hubiera gustado quedarme. Pero éramos demasiados.

Así que salí.

Los otros me siguieron.

Eran más de las nueve y media de la noche cuando subíamos a mi reliquia de la casa Chrysler.

—Es curioso —rió Myrna—, siempre creí que los detectives privados, como los espías a lo James Bond, llevaban Porches o Masserattis último modelo y descapotables.

—Eso es en las películas y en las novelas —le aclaré—, en la realidad ya puede ver.

—¡Y funciona!

Se maravilló cuando lo puse en marcha a la primera.

—Claro que funciona —gruñí—, y muchos de otras marcas

quisieran poder alcanzarlo.

Rió alegremente.

—Bueno, la verdad es que va tirando —añadí con un derroche de sinceridad—. A veces...

—Tengo hambre pese a lo sucedido.

—Entonces permita que la invite.

—Permiso concedido —rió.

—Voy a llevarla a mi *sancta sanctorum* para estos menesteres. ¿Conoce el Nueva Seúl?

Myrna movió negativamente la cabeza.

—Le gustará. Es un restaurante chino de un buen amigo mío, Li-Wang-Pen. Tiene una magnífica cocina.

—Magnífico porque estoy hambrienta.

—Creí que las bailarinas no comían —dije burlón.

—Eso es leyenda, como lo de las piernas. Tal vez soy la excepción... ya juzgarás por la factura, Roy.

Me di cuenta de que me tuteaba.

La noche comenzaba bien.

—Ya estamos cerca, Myrna. Apenas faltan cinco calles para llegar.

La cena fue pantagruélica, como me había pronosticado.

El mismo Li debía estar asombrado.

También debía estarlo al no verme con Rosie. Solíamos ir a menudo. Pero su rostro oriental no reflejó como de costumbre ninguno de sus pensamientos.

Myrna lo felicitó por la calidad de los platos elegidos. Y Li le dedicó una reverencia. Pese a no revelarlo, aquello halagaba al bueno de Li. Salimos al exterior.

La brisa era agradable aquella noche.

Cogí a Myrna del brazo y fuimos hasta el coche, andando en silencio.

—¿Me llevas a casa? —susurró Myrna.

—Claro.

Puse el coche en marcha y nos encaminamos a la dirección que me dio.

No hablamos en el trayecto.

Casi sin darnos cuenta llegamos ante su casa.

—¿Subes a tomar una copa? —me invitó con una sonrisa.

—Encantado —respondí.

El elevador nos llevó hasta el piso donde tenía el apartamento. Sacó una llave del bolso.

Abrió y entramos. Encendió la luz.

Era una pieza encantadora. Todo en ella revelaba un gusto exquisito y una mano femenina.

—Ponte cómodo y sírvete un *whisky*. Voy a cambiarme.

Me dirigí al mueble-bar que había en un ángulo de la estancia. Lo abrí y contemplé un buen surtido de botellas.

Tenía Johnny. Mi *whisky* favorito. Me serví una dosis generosa.

Di una vuelta por la habitación y luego me senté frente a la chimenea en un amplio sofá.

Un leve susurro a mi espalda me reveló su presencia en la estancia.

Me volví. No pude evitar quedarme boquiabierto.

Se había puesto una negligé verde manzana completamente transparente. No llevaba nada bajo aquella espumosa nube de nylon.

Bordeó el sofá y se dejó caer junto a mí.

Sentí el calor de su cuerpo al rozar el mío y sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

Sus brazos se enroscaron en mi cuello y su boca buscó la mía con ansia febril, con deseo contenido que al final se liberara, incontenible, salvaje.

Perdí la noción del tiempo cuando abrazándola comencé a acariciar su cuerpo, de piel dorada y suave.

Momentos después nuestros cuerpos parecían fundirse en uno solo mientras llegábamos a la cima del placer.

CAPÍTULO VI

Eran cerca de las once de la mañana cuando empujé la puerta de mi despacho.

Rosie levantó la cabeza para mirarme.

No pudo evitar un mohín de disgusto cuando escudriñó mi rostro. En realidad tenía una mala cara espantosa.

La que suele tenerse después de una noche como aquella noche. No me había afeitado y eso contribuía a empeorar mi aspecto.

—¿Trabajó hasta muy tarde, jefe? —preguntó Rosie con sorna.

Siempre que estaba enfadada conmigo dejaba de tutearme y me llamaba jefe.

Di un gruñido por respuesta que podía interpretarse a gusto del auditor.

Pasé a mi despacho particular, abriendo la puerta del fondo.

Sobre la mesa había un par de pilas de recortes.

Rosie, que había entrado detrás de mí, me las señaló.

—Recopilé todo eso sobre el Ambassador's Theater y sobre *Rapsodia en Blues*.

—Buena chica —dije.

Me senté en un sillón giratorio y comencé la lectura.

Rosie me contempló unos minutos en silencio. Luego salió sin decirme nada, pasando al despacho que tenía en la entrada. Cerró la puerta tras ella.

De reajo la miré. Tenía una magnífica figura y el ceñido vestido de *tweed gris que se había puesto la realzaba más aún*.

¡Diablos! ¡De qué debía estar hecho yo! Acababa de salir de un prolongado combate con varios asaltos y ya estaba pensando en mujeres.

Volví de nuevo la vista a los recortes de prensa, tratando de concentrarme.

Después de una hora y cuarto de lectura me enteré de varias

cosas que podían serme útiles Por ejemplo, que un tal Philip E. Markham deseaba adquirir el Ambassador's. Caldwell se resistía a vender. Pero si *Rapsodia en Blues* fracasaba se veía obligado a vender el teatro para hacer frente a los acreedores.

¿Tendría Markham algo que ver con las amenazas a Ivanov y Myrna?

Me levanté. Estaba dispuesto a comprobarlo.

Volvería al Ambassador's Theater para hablar de nuevo con Caldwell.

El portero me miró curiosamente cuando entré de nuevo en el teatro por la Stage Door, pero nada dijo cuándo me dirigí hacia el escenario.

Estaban ensayando un *ballet* sobre unos grandes tambores, bañados por luces de diferente color. En el central evolucionaba Lynda Grayson. Sus movimientos eran suaves, elegantes, felinos. Y su cuerpo nada tenía que envidiar al de Myrna Nolan.

Su cabello, rojo como el fuego, acariciaba sus hombros desnudos al compás de los movimientos de su cabeza.

Con un esfuerzo dejó de mirarla y busco la figura de Nicholas Caldwell.

Está sentado en tercera fila de platea. Se está fumando un Churchill descomunal. Su rostro expresa complacencia.

Me deslizo entre los bastidores del escenario y desciendo por una escalera lateral al patio de butacas.

Me dejo caer en la silla contigua a la de Caldwell.

—¿Usted? —inquire sin volverse del todo.

—Tengo algo que preguntarle —susurro en voz baja.

—Ahora no, Nelson. Cuando el número acabe.

Aguardo pacientemente, sumergiéndome de nuevo en la contemplación de Linda Grayson, el bombón pelirrojo.

Sus contorsiones y movimientos de cadera son capaces de enardecer a un eunuco.

Al fin se deja caer sobre la superficie iluminada del tambor. Se encienden las bambalinas.

—Eso ha estado muy bien, Linda. Bravo.

La chica nos guiña un ojo y se dirige hacia su camerino.

Caldwell se vuelve hacia mí.

—¿Qué quiere, Nelson?

—Preguntarle por qué me mintió —disparo al azar.

El puro tiembla en sus labios que están a punto de soltarlo.

—Escuche, fisgón de tres al cuarto. Que lo contratara Myrna no le da derecho a nada entre estas paredes. ¿Entendido?

—Eso no responde a mi pregunta, Caldwell —le digo fríamente.

Me mira fijamente, vuelto hacia mí, con los ojos entrecerrados. No le dejo hablar.

—¿Por qué no dijo que también recibió un anónimo? Si algo pasa en el teatro y alguien sufre daño, sabrá de mí. Le acusaré de complicidad —empleo un tono que le da que pensar.

Chupa el puro furiosamente.

Al fin dice:

—Está bien. Sí. Recibí uno de esos estúpidos papeles aconsejándome que no se presentase *Rapsodia azul*. ¡Bah! No hay por qué hacer caso. Debe ser obra de un loco.

—O de un asesino en potencia —gruñí—. No lo olvide.

Las luces del teatro se habían encendido. En el escenario se preparaba con rapidez el ensayo de otro número de baile y bastante personal iba por él arriba y abajo.

De pronto alguien se acercó a nosotros. Era el portero.

—Le esperan en su despacho el señor Markham y otros dos señores. Quería que esperasen en la otra entrada hasta recabar su permiso —dijo, dirigiéndose a Caldwell—. Pero se dirigieron a su despacho sin escuchar mis protestas. Incluso me empujaron —se quejó.

Caldwell había palidecido. Su rostro tenía un tono ceniciento. Se levantó de un salto haciendo caso omiso de nuestra presencia y se alejó. Sin duda camino de su despacho.

Le seguí. La entrevista se presagiaba interesante.

Nicholas Caldwell me condujo inconscientemente hasta la puerta de su despacho. Me aproximé a ella cuando entró.

Estaba dispuesto a oír lo que se hablase. Tenía mis motivos.

—¡Hola, Caldwell! —saludó el individuo que se hallaba sentado en un sillón junto a la mesa de despacho que había en un lado de la estancia. A su lado de pie se hallaban dos individuos de aspecto poco tranquilizador. Parecían dos guardaespaldas. Ambos tenían el rostro cosido a cicatrices que señalaban su anterior profesión.

—¿A qué ha venido, Markham? Ya le di mi respuesta. No.

—Creo que se precipita, amigo Nicholas. Mi oferta es insuperable. Y usted lo sabe. Está lleno de deudas. Le vencen varios créditos. No podrá aguantar. ¿Por qué no me vende el Ambassador's? Le quedaría dinero suficiente para vivir tranquilo una vida cómoda.

—El Ambassador's es mi vida, Markham, y usted lo sabe. No venderé. Además voy a estrenar una obra que constituirá el éxito que necesito.

—¿Y si no llegase a estrenarla?

—¿Qué quiere decir? —susurró Caldwell que sin sentarse, permanecía de pie ante Markham y sus acompañantes.

—Oigo rumores... Tengo mis informadores...

—¡Cochinos espías, querrá decir!

—El caso es que se dice que la pareja central de baile tiene problemas y no quiere bailar.

El rostro de Caldwell se encendió de furia.

—¡Ahora lo entiendo! —¡Maldita sea, Markham! ¡Usted! ¡Usted y nadie más es el autor de los anónimos!— gritó irritado.

Markham frunció el ceño, aparentemente sorprendido.

—¿Qué anónimos?

—No se haga de nuevas, Markham. ¡Ahora lo veo todo claro! No se saldrá con la suya... ¡Antes quemaré el teatro!

Markham se levantó de un salto. Sus ojos llameaban. Estaba furioso.

—No sé de qué me está hablando, Caldwell. No sé nada de anónimos.

Caldwell rió nerviosamente.

—Aunque no tenga el valor de confesarlo lo veo todo muy claro, Markham. Usted nos amenazó a los tres. A Myrna, a Ivanov y a mí con matarnos si se interpretaba la *Rapsodia azul*, base de mi estreno *Rapsodia en Blues*. Así fracasaría la obra y tendría que vender el teatro. Pues ha fallado en su intento. Se representará. Ya oirá hablar del triunfo.

—Es usted un obcecado, Caldwell. Y para eso sólo hay un remedio.

—Muchachos —añadió Markham, volviéndose a los dos gorilas—. Denle a ese estúpido un poco de tratamiento. Tal vez luego cambie de idea. —Y volvió a sentarse.

Caldwell reflejó en su rostro el terror que sentía. Intuía lo que iba a venir y ello le hizo temblar. Abrió la boca para gritar.

No pudo hacerlo.

Uno de los gorilas se la tapó con la mano mientras el otro le disparaba el puño al estómago, enterrándolo en él.

Ése fue el momento que elegí para intervenir.

Abrí la puerta de un brusco tirón y penetré.

Los dos gorilas se inmovilizaron.

Luego, presintiendo en mí un rival, el que tapaba la boca a Caldwell lo empujó haciéndolo saltar por encima de la mesa escritorio. Ambos se me enfrentaron.

Pero no se lanzaron sobre mí. Sin duda esperaban una señal de Markham para empezar.

La obtuvieron.

Y cargaron sobre mí como los ingleses en Balaclava.

Tuve que hacer un extraño con la cabeza para evitar que el puño de uno de ellos, grande como adoquín, me hiciera polvo la boca. Él tuvo peor suerte.

La puntera de mi zapato se clavó en sus testículos.

Se dejó caer primero de rodillas, blanco como el papel, luego se revolcó aullando como un poseso.

El otro mastodonte me dio un zurdazo en el hígado.

Yo le dio un cabezazo en la nariz, que inmediatamente empezó a chorrear sangre después de oírse un chasquido. Le debí romper el hueso.

Ambos quedamos al borde del fuera de combate.

Tenía la cara muy dura y se rehízo antes que yo. Me largó un par de recados que nublaron mi vista.

Turbiamente vi que se me venía encima.

Así que tomé un pesado pisapapeles que había sobre la mesa, alcé la mano y lo hice volar...

Premio.

Le di de lleno en la frente. Y se vino abajo. Como un toro apuntillado.

El otro seguía revolcándose.

Le largué un punterazo en el costado y otro en la sien para evitar problemas. Dejó de gemir.

Caldwell, acurrucado tras la silla de su mesa, había presenciado

mi intervención.

Markham no se había movido de su sillón.

Me miraba con un cierto respeto, no exento de temor. No había previsto aquel final.

Me dirigí a él. Lo prendí de las solapas y lo alcé del sillón.

—Bien, Markham. No hemos sido presentados. Pero ahora vamos a charlar usted y yo. ¿Mandó usted esos anónimos?

—No —repuso Phil Markham, presa del pánico—. Se lo juro. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Tal vez cometa un error —susurré—. Pero voy a creerle. En cuanto a Caldwell, ya lo oyó. No vende. Así que llévese a sus chicos y largo.

Caldwell salió sonriendo de su escondite.

—Gracias, Nelson. Muchas gracias —dijo efusivamente.

No respondí. Caldwell no me era simpático. Pero Markham y sus métodos eran algo infinitamente peor.

Y el problema seguía en pie. ¿Quién había mandado los anónimos?

CAPÍTULO VII

Markham y sus gorilas habían abandonado ya el Ambassador's. Antes de salir ambos gorilas me habían enviado miradas de rencor que no presagiaban nada bueno para mí si nos veíamos en otra ocasión.

Caldwell había prometido que pese a sus múltiples deudas recibiría en la oficina un talón con una cantidad como agradecimiento por haberle librado de una situación muy desagradable con Markham y sus chicos.

No me hice grandes ilusiones, pues me constaba que tenía más trampas que una película de chinos.

Linda Grayson se me acercó mientras yo contemplaba los ensayos entre bastidores. Había una luz de admiración en sus hermosos ojos azules. Mi conversación con los muchachos de Markham había trascendido rápidamente.

—Usted es Nelson, ¿verdad? —preguntó con una hermosa sonrisa en sus labios.

—Roy para usted —asentí.

—Me llamo Linda.

—Lo sé.

No pudimos seguir la conversación. Un alarido de terror brotó del palco proscenio que había al otro lado del escenario.

El alarido volvió a repetirse y una corista salió de él gritando palabras ininteligibles y haciendo aspavientos con las manos.

Paró la música; el *ballet* se inmovilizó y se encendieron todas las luces.

Corrimos hacia allí en medio de la confusión creada.

Cuando la chica pudo articular palabras inteligibles nos señaló el palco que acababa de abandonar.

—Me envió el director de orquesta para avisar al señor Lowell, pero está muerto... ¡Tiene un cuchillo clavado en la espalda!

Me lancé hacia el palco. Desde la puerta se veía a Lowell sentado ligeramente inclinado sobre la barandilla. Por el espacio que le separaba de la silla se veía perfectamente el puñal que tenía hundido en la espalda. Se veía bien claro que había sido un golpe certero que había llegado al corazón.

Artistas y tramoyistas pugnaban por entrar. Les hice salir. Pero era tarde para evitar que tocasen la puerta o el tirador. Más de uno lo había hecho, borrando inconscientemente posibles huellas.

—Vamos, despejen —dije autoritariamente—. Y avisen a la policía. Se ha cometido un asesinato. ¡Usted! —llamé dirigiéndome al portero que también estaba allí—. Vaya a su cabina y vigile. ¡Nadie debe salir del teatro hasta que llegue la policía!

Era lo que a Hawkins le gustaría que hiciese. Aunque estando allí el portero significaba que nadie controlaba en aquel momento la salida y que por lo tanto el asesino podía estar tanto entre los que estábamos dentro, como haber salido tranquilamente.

Kennett Hawkins era un teniente de policía. Precisamente el que me sustituía en el precinto tres, a cuya demarcación pertenecía el teatro. Yo había sido también teniente de la Brigada de Homicidios hasta que fui cortésmente invitado a dejarla por mis métodos llamémoslos demasiado bruscos con los criminales.

Al principio existía una mutua antipatía entre Hawkins y yo. Últimamente, a raíz de unos asesinatos cometidos en un motel de la carretera 40, habíamos hecho las paces y casi intimado.

El director de orquesta me corroboró que efectivamente había solicitado de la corista que avisase a Clay Lowell. Tenía unos problemas con una partitura que le quería consultar. Desde el foso le veía sentado en el palco, pero no contestaba a sus discretas señales. A decir verdad, el músico creyó que Lowell se había dormido.

Antes de salir del palco, yo había tocado el cadáver. Estaba frío. La muerte podía haber sido causada incluso antes de mi «conversación» con Markham y sus torpedos.

Lo que sí era cierto es que ellos no podían haber sido, ya que habían ido directos al despacho de Caldwell. Y yo los había visto salir.

Markham, sin embargo, se alegraría, aquello iba a causar problemas a Nicholas Caldwell y no constituía precisamente una

buen propaganda para el estreno en ciernes.

Lynda Grayson seguía a mi lado.

—Pobre Clay —había comentado—. ¿Por qué tuvieron que matarlo?

Yo lo sabía.

Se trataba de impedir la representación de la *Rapsodia azul*, eso era obvio.

Lo que no estaba claro era el motivo. ¿Cuál era? Y ¿quién podía tenerlo? Era ciertamente un caso difícil.

No podían exponerse Myrna e Ivanov a desatar la ira del asesino con una nueva ejecución de dicha rapsodia.

Rapsodia en Blues tendría que resistir una fuerte transformación argumental y de contenido.

Sólo faltaba aguardar a Hawkins para transmitirle cuánto sabía. Luego me iría a dar una vuelta.

Aquel ambiente empezaba a pesar sobre mí.

—Tengo *whisky* en mi camerino. ¿Le apetece una copa, Roy? —me dijo Linda.

Aquello era como una bendición en ciertos momentos.

—Acepto encantado, Linda. Me estaba haciendo falta.

—Okay —dijo ella y echó a andar.

Yo la seguí.

Cerró la puerta cuando hubimos entrado. Era un camerino como el de Myrna, aunque algo menor. Abrió un armario que había en la pared, próximo al biombo, y sacó una botella y dos vasos altos.

—No tengo hielo —dijo en tono de disculpa.

—Está bien así —sonreía agradecido.

Me llevé una íntima satisfacción al ver que la marca era la mía preferida: Johnny.

—Sirve tú —me dijo entregándome la botella.

Lo hice.

Me acordé de aquello de quien da y reparte, se queda la mayor parte. Y me puse una buena ración.

Ella dio un breve sorbo del suyo y dejó el vaso sobre el tocador. Se vino hacia mí, me quitó el mío de las manos.

No quiero pecar de inmodestia, pero adiviné lo que iba a pasar.

Me echó los brazos al cuello y se pegó a mí como una lapa.

Sus húmedos labios buscaron los míos.

Su lengua como un fino estilete se hundió en mi boca.

Mientras, su cuerpo se restregaba suavemente contra el mío.

La llevé abrazada hasta un diván que había con dos almohadones. Se sentó en mis rodillas.

Mis manos hurgaron a ciegas en el cierre de su espalda y en un momento el vestido cayó hasta su cintura mientras dos erguidos y armoniosos senos aparecían, con sus excitantes aureolas oscuras de erectos pezones. Y ambos comenzamos nuestros juegos eróticos.

Unos momentos después ambos jadeábamos al unísono, inmersos en un goce profundo hasta que sobrevino el orgasmo.

Pasado un buen rato yo recuperaba mi *whisky*, que era lo único recuperable.

¡Diablos! Yo no había recibido ningún anónimo, pero iba camino de ser el próximo muerto.

CAPÍTULO VIII

Hawkins hizo su entrada en el Ambassador's Theater acompañado del sargento Finney y de los muchachos del equipo de huellas. El forense llegó pocos minutos después.

Salí del camerino de Linda notando que me flaqueaban las piernas. Me encaminé hacia el palco del crimen al saber que estaban allí.

—Ya decía yo que si encontraba un cadáver, tú no andabas lejos —me dijo a guisa de saludo, mientras nos estrechábamos la mano.

Sonreí con cara de circunstancias.

—¿Y bien, tipo listo? —añadió—. ¿Qué has averiguado?

En unos minutos lo puse al corriente de todo, empezando por la visita que me hiciera Myrna Nolan. Excepto nuestros «juegos privados», claro está. En lo demás no omití detalle.

—Bueno —me dijo—, es una buena labor. Ya tenemos un punto de partida.

—¿Cuál? —pregunté.

—El móvil. Recuerda la academia: «Busquen el móvil y tendrán al asesino».

—Ya tenemos el móvil —aduje—. Que no se represente o interprete la *Rapsodia azul*.

—No lo creo —dijo Hawkins—. Ése no es el móvil. El móvil para mí es el por qué no puede interpretarse. Ésa es la pregunta para la que debemos hallar respuesta. Entonces sí. Entonces tendremos al asesino.

Tenía razón. No objeté nada.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —dijo escudriñándome con sus ojos negros clavados fijamente en los míos.

Moví la cabeza negativamente.

El forense se acercó a nosotros.

—La muerte se produjo al alcanzar la hoja del arma homicida la

parte posterior del corazón. Posiblemente interesando la coronaria y la vena cava inferior. Ya precisaré más cuando le haya efectuado la autopsia.

—¿Cuánto tiempo hace que se produjo la muerte? —inquirió Hawkins.

—Ya precisaré más, teniente. Pero por la temperatura del cadáver y la coagulación de la sangre yo diría que el crimen se cometió entre una hora y media y una hora antes de llegar nosotros.

—¿Quién había por aquí entonces? —me preguntó Hawkins.

Con un movimiento de cabeza abarqué todo el teatro.

—Pudo ser cualquiera —mascullé.

—¿Una mujer incluso? —preguntó Hawkins al forense.

—No. Tuvo que ser un hombre. Forzosamente.

Los del departamento de huellas dieron también a Hawkins su desolador informe. Huellas múltiples tremendamente entrecruzadas, antiguas. Y carencia total de huellas digitales en el arma homicida. Un cuchillo vulgar por otra parte, que podía comprarse por docenas en cualquier cuchillería.

—Voy a dar una vuelta, Hawkins —dije—. Estoy de teatro hasta las narices.

—No olvides tenerme al corriente de lo que averigües. No me gustaría que me ocultases información.

—Te lo prometo —dije cruzando los dedos a mi espalda.

Y me fui tan contento.

Eran más de las dos y media. Casi las tres de la tarde cuando subía en mi Chrysler. Tenía un hambre atroz, pero era tarde ya para ir al restaurante de Li. Por ello decidí ir al *snack* de Sammy cerca de mi oficina. Allí podría tomar un par de hamburguesas con cebolla y beber un par de cervezas.

Telefoneé a Rosie desde allí.

—Sin novedad, Roy —dijo desde el otro extremo de la extensión—. ¿Qué tal por el teatro?

—Han asesinado a Clay Lowell —le informé.

Un prolongado silencio indicó que la había impresionado.

—¿Estás aún ahí?

—No. Estoy en el *snack* de Sammy comiendo algo.

—¿Vendrás?

—No.

—Ahora me reúno contigo —dijo.

Y colgó antes de que pudiera responder.

Quince minutos más tarde se reunía conmigo.

—Me aburría sin hacer nada —me dijo a guisa de excusa.

—Está bien —dije sin hacerle reproche alguno por haber cerrado la oficina inmediatamente.

Luego pasé a explicarle lo que había sucedido en el Ambassador's.

—Entonces los anónimos, ¿pueden ser ciertos?

—Eso me temo. Estoy ante un asesino y no sé qué camino tomar...

—¿Leíste todos los recortes que te dejé sobre la mesa?

Moví negativamente la cabeza.

—Hay uno sobre Clay Lowell muy interesante. Creí oportuno traerlo. Toma —dijo abriendo su bolso y tendiéndome un artículo que extrajo de él.

La miré fijamente.

—No sé qué haría sin ti, Rosie —dije sinceramente.

—Lo mismo que haces —gruñó ella.

Me callé y me enfrasqué en la lectura del recorte.

Era muy interesante.

Tanto que decidí que sería de interés visitar su domicilio.

Rosie, ese encanto de chica que tengo por secretaria, demostró una vez más su inteligencia y conocerme muy a fondo al decir:

—Por si te interesa, tomé del listín telefónico la dirección de su apartamento.

Le guiñé un ojo.

—Vamos allá. No quisiera que Hawkins me encontrara dentro.

Mi deseo no se vio cumplido.

Cuando llegamos ante el edificio en que vivía Clay Lowell, vimos un coche de la policía aparcado ante la puerta. Lo reconocí como uno de los del precinto tres.

Hawkins debía estar arriba.

—¿Qué hacemos ahora, Roy?

—No quiero entrar demasiado directamente en el asunto. Prefiero que Hawkins no conozca todos mis pasos. Sólo trabajo mejor.

—Hum —gruñó Rosie.

Estoy seguro de que su gruñido tenía un doble sentido y cambié el derrotero de la conversación.

—Vamos al Scotch aquél —dije, señalando un local que había justo enfrente de la casa de Lowell—. Desde dentro podemos vigilar la salida de Hawkins. Entonces entraremos.

Aparcamos mi Chrysler fuera del ángulo de vista de la casa que pensábamos visitar y nos dirigíamos al Scotch.

Nos sentamos en una mesa tras unos visillos casi transparentes. Un observatorio ideal para nuestros propósitos.

Conversamos animadamente de asuntos triviales y tuve tiempo de atizarme un par de Johnnie's con hielo antes de que viéramos salir a Hawkins y su sombra, el sargento Finney.

Nada más su automóvil se despegaba de la acera, nosotros salimos del Scotch.

Por los buzones, localizamos enseguida el número de su apartamento. Hawkins no había considerado necesario precintarlo; al menos por el momento. De modo que saqué de un bolsillo interior de mi americana un pequeño estuche plano que tiene lo necesario para estas ocasiones. Es decir, un completísimo aunque reducido juego de ganzúas. Extraje la adecuada y tardé escasamente unos segundos en oír el click que había de franquearnos la entrada.

—Voilà! —dije haciendo una reverencia a Rosie—. Las damas primero.

Estaba a oscuras. Pero sabiendo que Hawkins ya no vendría a sorprendernos, encendí la luz.

Había un pequeño recibidor y a continuación una sala de estar con un mueble compuesto de librería y vitrinas repletas de objetos. Un tocadiscos en un ángulo, en otro un piano, un mueble-bar y un tresillo con sillones de altas orejas completaban el mobiliario. Algunos cuadros decoraban las paredes que habían quedado desnudas.

Al fondo una puerta conducía a un corto pasillo en el que se abrían varias puertas que sin duda conducían al dormitorio y a las otras dependencias del apartamento.

Eché un vistazo en derredor.

Hawkins y Finney no habían sido muy ordenados en su búsqueda. Una manada de elefantes no hubiera causado más revuelo.

Claro que nadie iba a protestar por el desorden.

Encendimos una lámpara de pie que había junto al tresillo y Rosie apagó la del recibidor.

No sabía lo que buscaba. Es decir, no buscaba nada en concreto, pero sentía una íntima necesidad de convencerme de que nada quedaba allí que pudiera conducirme a su asesino.

Levanté la tapa del piano instintivamente. Y algo me sorprendió. Parecía recién comprado y no el piano de un compositor que lo aporrease continuamente. Tampoco había sobre él, ni cerca, a la vista, partitura alguna. La tira de damasco enguatado que cubría sus teclas estaba impecable. Increíble.

Eché un vistazo a la biblioteca. Ni un libro de música. Ni tampoco ninguna partitura. Curioso músico el tal Lowell.

Rosie, sentada en un sillón, contemplaba pensativamente mis evoluciones, sin duda tratando de descifrar mis pensamientos.

De pronto hice una seña a Rosie recabando silencio.

Mi fino oído había captado cómo alguien hurgaba en la cerradura de la puerta del apartamento.

Rosie se puso en pie de un salto, reuniéndose conmigo. Apagué la luz y nos acurrucamos tras el sofá.

Sentía una profunda curiosidad por saber quién era el visitante y qué buscaba.

Instintivamente me palpé la axila izquierda y el roce con mi Magnum me dio una total confianza.

Oímos abrir y cerrar la puerta que conducía al exterior con extremada suavidad. Luego un haz de luz recorrió la estancia en que nos hallábamos y se detuvo en el piano.

La figura que empuñaba la linterna se destacó entonces a contraluz. Era un hombre. Pero no pude ver sus facciones, ya que nos daba la espalda.

El recién llegado dejó la pila sobre una librería con su haz apuntando al piano e hizo una cosa sorprendente. Lo desplazó, separándolo de la pared. Se agachó entonces y por unos minutos le oímos manipular entre el piano y la pared, fuera de nuestra vista. Al cabo de un largo rato que se nos hizo una eternidad, se irguió. Llevaba un grueso sobre en la mano.

El haz de luz de la linterna le dio entonces de lleno. Tuve que hacer un esfuerzo para no soltar una exclamación de sorpresa.

El intruso me era conocido.
¡Era Vladimir Ivanov, el bailarín!

CAPÍTULO IX

—¿Encontró lo que buscaba, Ivanov? —dije de pronto a la par que me erguía ayudando a Rosie a efectuar lo propio.

Vladimir Ivanov dio un respingo a la vez que ocultaba el sobre a su espalda.

Por un momento creí que incluso se desmayaría, tal fue el susto que recibiera.

Advertí que a mi lado, Rosie lo observaba con curiosidad y desagrado a la vez. Las mujeres tienen un cierto sexto sentido para juzgar si un tipo es un hombre o un marica. Y por la mueca que vi en su rostro creo que había clasificado ya a Ivanov.

—¡Usted! —gritó con los ojos casi fuera de las órbitas—. ¿Qué hace aquí?

—Eso mismo le pregunto yo, Ivanov. Qué hace aquí y qué hay en ese sobre que trata de ocultar.

—Métase en sus asuntos, Nelson —masculló recobrando parte de su perdido aplomo.

—Va por mal camino, Vladimir Ivanov. El que sigue, conduce a la silla eléctrica por el asesinato de Clay Lowell.

—¡Yo no maté a ese cerdo! —gritó histéricamente Ivanov—. No sé nada de ese crimen. Sólo vine a buscar algo que es mío.

—¿Por qué no lo pidió a la policía? Si es suyo se lo hubieran dado.

Rosie se desplazó para encender nuevamente la luz.

—Está perdido, Ivanov —remaché con toda mi cara dura—. Ha entrado a robar en la casa de un asesinado y encima entrando subrepticamente. Usando ganzúa.

—¿Y usted? —inquirió—. ¿Qué hace usted aquí?

—Tengo autorización del teniente Hawkins —mentí—. A decir verdad esperaba que el asesino volviese. Por eso me escondí.

—Yo no soy un asesino —gritó destempladamente el bailarín.

—Rosie —dije, dirigiéndome a mi secretaria—. Llama a Hawkins al precinto y dile que venga a recoger nuestra pesca.

Rosie se dirigió al pasillo.

Ambos sabíamos que había teléfono porque Rosie había buscado la dirección de Lowell en el libro directorio-telefónico.

Ivanov la detuvo con un gesto a la par que decía:

—¡Espere!

Su rostro estaba demudado. Parecía terriblemente asustado.

—¡Espere! ¡Por Dios! —repitió.

Rosie me miró.

Asentí. Y ella se inmovilizó.

—¡Lowell era un cochino chantajista, Nelson! ¡Tenía que entregarle grandes cantidades para que no arrumase mi carrera!

—Y por eso lo mató —concluí.

—No. No. Créame, Nelson. Soy incapaz de matar. Me alegro de que lo mataran, pero yo no lo hice.

—¿Cómo entró aquí? —pregunté.

—Con su llave.

—¿Usted tenía su llave?

Vladimir Ivanov sudaba copiosamente. Su rostro estaba lívido y no paraba de morderse el labio inferior.

—Se la cogí.

—¡Maldito sea, Ivanov! ¿Es que tengo que sacárselo todo con sacacorchos? ¿De dónde la cogió?

—Yo estaba hoy en el teatro. Cuando entré no vi al portero. Fui a mi camerino, recogí algo que me había dejado el día anterior. Linda Grayson estaba danzando en el escenario. Las luces apagadas y todos pendientes del baile. Al fondo vi la silueta de Lowell en el palco desde el que solía ver los ensayos. Llevaba una cantidad de dinero para él. Me lo había exigido para hoy. Entré en el palco. Estaba muerto. Pude ver claramente el cuchillo cuya empuñadura sobresalía de su espalda. No había nadie por allí. Era mi ocasión. Nadie lo sabría. Llevaba dos llaves en su bolsillo. Una era la de su apartamento. La otra más pequeña era de una caja sin combinación que hay detrás del piano, empotrada en la pared. Es grande pero plana. Poco profunda. Yo sabía que allí guardaba unos documentos míos que tenía que recuperar. No vacilé. Le quité las llaves al cadáver y salí cómo había entrado. Tampoco el portero estaba allí.

No creo que nadie me viera salir. Esta tarde vine temprano. Vi un coche de la policía en la puerta. Me fui. Volví más tarde. Vi que se habían ido y me decidí a entrar. Tenía que recuperar estos papeles —dijo finalmente mostrando un abultado sobre amarillo—. ¿Me cree?

—¿Qué dicen esos papeles? —inquirí secamente, sin responder a su pregunta.

—No puedo decírselo, Nelson. Compréndalo. No puedo arriesgarme.

—Lo siento, Ivanov, pero debo verlos. Soy yo quien debe juzgar su importancia. Si no atañen al caso, olvidaré lo que he visto. Si dan alguna luz... los entregaré a la policía.

—No puede pedirme eso, Nelson. Nadie tiene por qué conocer su contenido.

—Temo que no me ha entendido. No se los pido. Se los exijo.
Vladimir Ivanov vaciló.

—Si lo prefiere, llamaremos a la policía. Pero no creo que ellos sean más discretos que yo.

—Está bien —dijo el bailarín con voz queda—. Usted gana.
Me entregó el sobre con mano temblorosa.

Sin perderle de vista, me senté en un sillón y lo abrí.

Leí su contenido, alternando mi mirada entre los papeles y el rostro de Ivanov.

Luego se los devolví, levantándome del sillón.

—Está bien, Ivanov. Voy a creer que usted no lo mató... por el momento. Ahí tiene sus papeles. Si usted no mató a Lowell, el contenido está olvidado. Pero si lo hizo, aunque Lowell fuera un canalla, lo llevaré ante la corte.

—Gracias, Nelson. Y se lo juro, tenía motivos, pero yo no lo maté.

—Tire las llaves, Ivanov. No las conserve. Y ahora váyase. ¡Hoy no nos hemos visto!

—No olvidaré este favor, Nelson.

Total, todo el mundo me debía favores. Pero yo estaba igual que al principio. Con un lío descomunal. Con mi cliente amenazada de muerte y con un cadáver al que todos veían... pero muerto.

Cuando Ivanov hubo salido nos miramos con Rosie.

—Estamos como al principio, ¿no, Roy?

—Más o menos —dije.

—¿Qué ponían esos papeles? —preguntó Rosie con curiosidad.

—Ivanov había estado en la cárcel por tráfico de drogas, drogadicto y homosexual. Al parecer, hace unos años organizaba orgías en las que la droga se consumía a destajo. Antes de ir a la cárcel había estado incluso recluido para ser sometido a tratamiento. De saberse hoy todo esto su nombre no sería cabeza de cartel.

—¿Crees de veras que no mató a Lowell? —preguntó dubitativamente Rosie.

—El asesinato de Lowell puede estar relacionado con chantajes si hacía más de uno o con la interpretación de la *Rapsodia*. Tal vez ambos asuntos sean uno solo. Pero en ningún caso imagino a Ivanov como un asesino a sangre fría. Por lo pronto veamos si hay algo más en esa caja y qué es, Rosie.

Me dirigí a la parte posterior del piano.

Vi la caja tal como Vladimir Ivanov la había descrito.

Había muchos papeles más en su interior y sobres con documentos y fotografías. Hice un paquete con todo ello utilizando las hojas de un periódico que había en un revistero, junto al sofá. Sólo dejé en el interior unos fajos de billetes que había en el fondo.

No cerré la caja, ni volví a poner el piano en su lugar. Si volvía la policía tendría algo en qué pensar. No es lógico encontrar una caja secreta abierta y con el dinero sin tocar en su interior.

—Andando, Rosie. No hace falta estar más por aquí. No creo que haya nada de interés en las otras habitaciones. Creo que ya tenemos lo que puede interesarnos.

—¿Dónde vamos? —me preguntó.

Consulté la esfera de mi reloj.

—No sé cómo andarás de apetito. El mío es brutal. Sólo tomé un par de hamburguesas —respondí—. Es un poco temprano. No mucho más de las siete, pero podíamos ir al restaurante de Li.

—Como tú quieras, Roy. Aunque ardo en deseos de leer esos papeles.

—Tenemos tiempo, encanto. Eso puede esperar. El que no aguanta ya más es mi estómago, estoy muerto de hambre. Luego podemos ir a mi apartamento y revisarlos allí.

Rosie movió negativamente la cabeza.

—¿No crees que eso puede ser peligroso?

—¿Peligroso? ¿Para quién?

—Para mí, tonto.

—Bien —dijo cansadamente—. ¿Qué propones? ¿Ir al tuyo...? Vamos...

La chica titubeó, pero terminó aceptando.

—De acuerdo, Roy.

—Pues empecemos por el principio. Vamos a casa de Li. Tengo un hambre que muerdo.

Así lo hicimos.

La cena fue magnífica, pero lo cierto es que aún pese al hambre que creía llevar ninguno de los dos cenamos apenas. Ambos pensábamos en los documentos que nos habíamos llevado de la caja de Lowell.

Nos disculpamos ante Li que nos observaba con una expresión de congoja.

—¿No gustal comida?

—Mucho, amigo Li. Pero ambos estamos muy lejos de aquí con el pensamiento.

—Hombre tlabaja pala comel, ¿pala qué tlabaja señol Nelson?

—Tu lógica es aplastante, amigo Li. En casos como éste no lo sé, porque tu comida es excelente. No me lo tengas en cuenta.

Pagamos y salimos al exterior. En un par de minutos partíamos en mi Chrysler hacia el apartamento de Rosie, en la calle Treinta.

Vivía en el ático del edificio. La vista de San Francisco desde su terraza era espléndida.

El saloncito era una maravilla de delicadeza. Todos sus detalles revelaban el magnífico gusto de Rosie para la decoración.

Mi vista se posó instintivamente en el mueble-bar.

Rosie me sonrió.

—Sírrete una copa y ponte cómodo. Ahora vengo, Roy.

La última vez que oí unas palabras parecidas acabó la cosa en la cama. Era estimulante que Rosie las pronunciara.

Abrí el armario que contenía las botellas y me llevé una alegría al ver una botella de Johnnie. Me serví una buena ración como tenía por norma. Me llevaba el vaso a los labios, cuando oí un leve ruido a mi espalda, Rosie entraba en la estancia.

No llevaba ninguno *negligé*.

La desilusión debió pintarse en mi rostro.

Y ella verla.

No dijo nada. Colocó ante mi sobre una mesilla una cubitera con dados de hielo y una bandeja con pastas.

—Ya estoy dispuesta —sonrió.

—Eso creía yo —gruñí.

—¿Cómo dices? —preguntó levantando una ceja.

—Digo que bien, que ya lo suponía. Vamos a ver esos papeles.

Me saqué de los bolsillos los papeles y sobres que nos habíamos traído de casa de Lowell.

Ella se sentó en el sofá junto a mí.

Empezamos a leer en silencio.

Basura y más basura. Eso eran todos aquellos papeles y fotografías. Clay Lowell había sido sin duda un chantajista.

Eso ampliaba considerablemente el círculo de posibles asesinos.

Mucha gente respiraría cuando yo les devolviese todo aquello.

De pronto me encontré con un sobre a nombre de Friedrich Hofbauer. Había sido miembro destacado de las SS en el Tercer Reich. Subdirector de un campo de concentración de prisioneros judíos, al que se atribuían cientos de muertes y torturas. Aficionado a la música, a la pintura y al *ballet*.

Había unas fotografías del individuo vistiendo el uniforme de oficial alemán de las SS. Su nombre no me decía nada, pero aquella cara... ¿Dónde había visto yo aquel rostro?

Rosie se inclinó hacia mí para mirar la fotografía que atraía mi atención. Pero a ella no le dijo nada. Eso no era extraño, pues de la gente del teatro no conocía apenas a ninguno.

En cuanto a mí no podía recordar dónde lo había visto o a quién me recordaba por más esfuerzos que hice.

Volvimos a recogerlo todo excepto esta fotografía que me guardé en la cartera.

Después nos miramos fijamente. Estábamos muy juntos. Rosie me había atraído siempre profundamente y no ignoraba lo que ella sentía por mí. Todo parecía fácil. Pero no lo era. Yo, no estaba preparado para el matrimonio y ése era el precio que ella exigía para entregarse a mí.

Estoy seguro de que ella estaba leyendo mis pensamientos y en el fondo, me avergoncé de no tener el valor suficiente para decirle

que la quería y llevarla al altar. Pero ¡diablos, había tantas mujeres que estaban bien! ¿Cómo renunciar a ellas?

Lentamente bajé la mirada, cogí maquinalmente el vaso de *whisky* y lo apuré de un trago, luego me puse en pie.

Rosie me contemplaba. Rompió el silencio para musitar con voz queda:

—¿Ya te vas, Roy?

—Sí, preciosa. Quiero descansar y poner en orden mis ideas. Este caso no es fácil. Gracias por tu hospitalidad.

—Estás en tu casa, Roy. Ya lo sabes.

Asentí en silencio.

—Hasta mañana, Rosie.

—Hasta mañana, Roy. ¿Te veré en la oficina?

—Estaré a las diez —prometí yendo hacia la puerta.

Salí cerrando tras de mí.

CAPÍTULO X

Subí de mal humor a mi Chrysler. Rosie era una chica maravillosa. No merecía enamorarse de un veleta como yo, a quien gustaban demasiado las mujeres hermosas y ligeras.

Llegué por fin ante la casa donde tenía mi apartamento. Guardé el automóvil en el *parking* y tomé el elevador.

Recorrí el pasillo y me detuve ante la puerta para sacar la llave del bolsillo.

Abrí y cerré suavemente detrás de mí al mismo tiempo que mi mano iba al encuentro del interruptor.

La luz se encendió pero no fui yo el causante, sino el tipo que había de pie junto a la puerta. La luz me reveló que aquel tipo no estaba solo. Los dos torpedos de Markham estaban allí, sentados en sendos sillones.

Los tres me miraron sonriendo.

Al fin uno rompió el silencio.

Era uno de los que ya conocía.

—Le pedimos permiso al señor Markham para visitarle. Nos cogió de improviso esta tarde. Ahora no será lo mismo. Además nos hemos traído a un compañero que se aburría. ¿Está listo para la fiesta, Nelson? No ha sido muy puntual. Hace bastante rato que le esperamos.

El tipo que tenía junto a mí estaba corriendo el cerrojo de la puerta. No podía salir. Tendría que hacerles frente. Y tenía mi Magnum en la guantera del Chrysler. ¡Maldita costumbre!

Tenía sus enormes manazas muy cerca y las dirigió hacia mi cuello. ¿Les he dicho ya que yo no soy muy ortodoxo peleando? Vean.

Antes de que llegue a rozarme le sacudo un terrible patadón en la espinilla de la pierna derecha. Magníficamente conseguido, pues aúlla como un lobo y se baja las manos para frotársela.

Mal hecho. Uniendo las mías le doy un golpe de karate con los cantos en la nuca, y cae de rodillas resollando como un buey.

Una patada en la sien lo derriba de bruces fulminado.

Si no lo he matado tiene sueño para un buen rato.

Mis dos conocidos no han tenido tiempo de intervenir, aunque se han levantado de un salto alarmados por el desarrollo del encuentro con su «invitado».

—Bueno, compañeros, ya estoy por vosotros —les digo en son de burla—. Vuestro amigo ya tiene la parte de diversión que vino a buscar. No creo que en el limbo se aburra.

Un doble rugido es la respuesta a mi oratoria.

Se me echan encima a dúo como en el *rugby*.

Un puño me aplasta la nariz. Otro se hunde en mi estómago. No he permanecido quieto. A mi derecha hay una repisa con un jarrón chino que me regaló un cliente.

Nunca me gustó.

Muchas veces pensé en regalarlo o en tirarlo.

No lo hice porque no se rompió.

Esta vez sí. Esta vez me libré de él porque asiéndolo por el borde lo estrellé sobre el coco de uno de mis interlocutores.

Se hizo añicos.

El jarrón, no el coco. Pero se desplomó con un gemido. El otro seguía dándome puñetazos. Empezaba a nublárseme la vista. Temía caer inconsciente cuando vi la ocasión de remontar la pelea.

Es decir, la oportunidad de darle otra vez en el mismo sitio de aquella tarde. Puse en la patada toda mi alma. Seguramente lo capé. Cayó de bruces, arrastrándome casi en su caída sin decir ni pío.

Los registré. No iban armados. Habían confiado en sus puños, pero no sabían que iban a vérselas con Ciclón Nelson. Así me habían llamado en otros tiempos, por mi forma de repartir leña.

El primero en caer estaba muerto.

Llamé al precinto y pregunté por Hawkins.

No tardó en ponerse. Le rogué que viniera para recoger dos paquetes y un fiambre.

—¿Ya empiezas otra vez, Nelson?

—Eran tres torpedos y me esperaban en casa con malas intenciones. Uno se golpeó en la sien al caer. ¿Quién iba a suponerlo?

Gruñó algo que preferí no interpretar y colgó el receptor.

Mi siguiente llamada tras consultar el directorio-telefónico fue para Philip E. Markham.

—¿Markham? —pregunté al establecerse la comunicación.

—Yo mismo. ¿Qué desea?

No había reconocido mi voz.

—Soy Nelson. Roy Nelson. Le llamo para decirle que tengo conmigo a sus tres muchachos. Por cierto, no los espere, a dos se los llevará ahora el teniente Hawkins y el otro irá camino de la Morgue.

Oí una imprecación al otro extremo de la línea.

—No vuelva a cruzarse en mi camino, Markham, o iré a por usted —seguí con acento fiero.

Y colgué el teléfono.

Me dispuse a encender un cigarrillo mientras esperaba a Hawkins. Fue un imperdonable descuido olvidar la vigilancia de los angelitos yacentes, que pudo costarme muy caro.

El tipo que había recibido la caricia de China se había puesto en pie y al verme de espaldas telefoneando, se vino hacia mí sigilosamente. Le oí, sin embargo, y me revolví.

En sus ojos vi un brillo homicida.

Había agarrado una silla y la manejó con igual soltura que si hubiese sido un mondadientes.

Su intención era ponérmela por sombrero y lo consiguió. Caí de rodillas a causa del impacto.

Un rodillazo en la cara dio conmigo en tierra.

Era tan poco ortodoxo como yo.

Un hijo de perra acabado.

Molió a punterazos mis costillas y me pateó un par de veces el estómago.

Oí la sirena de un coche de la policía, abajo en la calle, y sentí el placer que en las películas sentían los colonos sitiados cuando oían el cornetín del Séptimo de Caballería.

¡Venían a rescatarme!

Mi contrincante, intérpretese agresor, pues yo no hice más que recibir, inició la retirada. También tenía el oído fino.

Alargué el pie y le hice trastabillar y casi caer.

Enfurecido se vino de nuevo hacia mí.

Levantó el pie sobre mi rostro con ánimo de mejorármelo.

Como pude agarré su pie retorciéndolo. En su caída se agarró a un cuadro con una barca sobre el mar. Y la hundió.

La barca no. La tela.

Y el marco.

Y en confuso montón se me vinieron encima todos.

Quedé real y literalmente planchado.

El tipo se incorporó y tambaleándose corrió hacia la puerta, descorrió el cerrojo, abrió y cayó en los brazos de Hawkins, Finney y otro par de polizontes.

Hawkins silbó al echar un vistazo en derredor.

Yo seguía tumbado en el suelo, incapaz de moverme.

—¿Descansando? —me preguntó con sorna.

Ya se imaginarán lo que le contesté.

Exactamente.

Fue eso.

Rió. ¡Allá él!

El sargento y los dos policías se hicieron cargo de los dos torpedos y los enfermeros de una ambulancia que venía con ellos del fiambre.

—¿Algún cargo contra ellos? —Siguió Hawkins burlón.

—Todos los que se te ocurran. Entre rejas reflexionarán. Gracias por llegar tan a tiempo.

—No tienes por qué. A propósito, ¿por qué vinieron? ¿Tiene esto algo que ver con el crimen del Ambassador's?

—No exactamente —empecé.

Y puse al corriente a Hawkins de las pretensiones de Markham y de mis dos encuentros con sus esbirros.

—Dame la dirección de ese Markham.

Como la había tomado para llamarle, se la di.

—Haremos que este caballero nos visite. No le quedarán más ganas de comprar el Ambassador's, ni de mandarte visitas molestas.

—Okay —dije—. No le irá mal.

—¿Tienes alguna idea más sobre el asesino de Lowell?

Negué con la cabeza.

Me callé todo lo que había descubierto sobre su faceta de chantajista. Por los interesados, era mejor guardar silencio de sus intimidades. Me ocuparía de citarlos a todos para hacerles entrega

de los papeles o fotografías que les atañían.

—¿Cuándo piensas volver por el teatro?

—Mañana —dije—. Myrna Nolan y Vladimir Ivanov tienen ensayo final por la tarde. No sé si se efectuará, pero me dejaré caer por allí. Debo cuidar a mi cliente —añadí guiñando un ojo.

Hawkins asintió y me miró fijamente.

—No olvides comunicarme lo que descubras. Ya sabes que no me gustan las interferencias en mi labor.

Sonreí beatíficamente mientras asentía.

—Colaboraré —añadí.

Y Hawkins salió.

Pasé el cerrojo y me serví un buen trago de Johnny.

Si llegamos a venir con Rosie a mi apartamento en lugar de ir al suyo la habríamos hecho buena. Siempre la metía en problemas y ello distaba mucho de gustarme. Podía algún día traer peligrosas consecuencias.

Ya tenía la cabeza que me echaba humo. El día había sido de reglamento y los golpes que había recibido también. El cuerpo lo tenía molido. De modo que decidí no pensar más en el maldito teatro e irme a dormir.

CAPÍTULO XI

Me levanté a las nueve. Había prometido a Rosie que iría a la oficina sobre las diez y me pasé casi media hora en la ducha antes de afeitarme y vestirme.

Parecía que me había atropellado una apisonadora. Me dolía todo el cuerpo. Aquellos cabrones conocían su oficio. Cada tortazo suyo eran unos cuantos de un tipo normal.

Me dirigí al frigorífico. Tenía donde elegir. Pero acabé cogiendo unos cubitos de hielo y me fui con ellos al saloncito, donde me serví un generoso trago de Johnny en el mueble-bar.

Encendí un cigarrillo y me deleité bebiendo el *whisky* a sorbos. Luego dejé una nota para Eleanor, mi asistente, para que recogiese los restos del jarrón chino, de la silla y del cuadro que arruináramos el día anterior con la pelea.

Eleanor venía cuatro días a la semana para cuidar de mi ropa y de la limpieza del apartamento.

No se extrañaría de encontrar allí desorden, pues no era la primera vez que alguna visita pretendiera «decorármelo».

Miré el reloj, eran las diez menos dos minutos. Salí y bajé al garaje para coger mi Chrysler.

A las diez y veinte entraba en mi oficina.

Rosie estaba enfrentada a un crucigrama gigante.

—Sin novedad, Roy —me dijo a guisa de saludo.

Le tiré un beso con la mano.

—Gracias, encanto.

De pronto se fija mejor en mí.

No se le escapa nada.

—¿Qué pasó anoche? —inquiérese curiosa.

—Tuve la visita de tres buenos mozos. Menos mal que fuimos a tu apartamento... En el mío ya no cabíamos.

—¿Te hicieron daño? —dijo, viniendo hacia mí, con mirada

preocupada.

—No. Ellos sí salieron malparados. Uno murió...

—¡Dios mío! Eso es horrible, Roy.

—Hawkins se hizo cargo de los tres...

Y a continuación se lo expliqué todo.

Acababa de terminar mi relato cuando sonó el teléfono.

Rosie tomó el auricular.

—Es para ti —dijo pasándomelo—. Es Myrna Nolan.

—Buenos días, Myrna —dije al oír su voz.

—Hola, Roy. Te encuentro a faltar, ¿cuándo vendrás a verme?

—A las seis estaré en el teatro —dije evasivo.

—Por eso te llamaba además, Roy. Tengo mucho miedo. Los anónimos y la muerte de Clay me han destrozado los nervios. Estoy muy asustada, temo que me maten si bailo otra vez esa *Rapsodia*.

—Yo estaré allí —dije para infundirle seguridad.

—La otra vez estabas y cayó el saco de arena, Roy —me dijo con voz de reproche—. Me matarán si vuelvo a bailarla. No podría.

—Es necesario que hagáis un esfuerzo. Tú y Vladimir Ivanov. Hawkins y sus hombres también estarán allí Nadie intentará nada, ya verás. Te veré allí —añadí.

—Lo pensaré, Roy. Pero no te prometo nada.

Y después de despedirse cariñosamente, colgó.

Rosie había escuchado involuntariamente la conversación. Me contempló de reojo.

—¿Crees que está realmente en peligro? —me preguntó.

Asentí.

—¿Me dejarás ir contigo esta tarde?

—No. Puede ser peligroso.

—No para mí. Además tú estarás allí. Y también Hawkins.

Rosie poseía grandes dotes de observación y una gran intuición. Podía ser positivo que me acompañase.

Por otro lado estarían Myrna, Linda y ella. Se me iban a crear situaciones tensas.

No sé por qué lo hice, pero cedí y le dije que podía venir. Rosie me dio un beso fugaz en la mejilla y sonrió abiertamente.

—Gracias, Roy —exclamó.

—De nada, Rosie —dije.

A continuación saqué de mis bolsillos todos los papeles y

fotografías que Lowell tuviera para extorsionar y se los di a Rosie para que confeccionara una lista con teléfono extraído del listín de todos los perjudicados con el fin de llamarles y citarlos en mi despacho para devolverles esa basura y su pérdida tranquilidad.

Mientras Rosie la confeccionaba, pasé a mi despacho particular. Allí extraje de nuevo la fotografía del tal Hofbauer. Aquella cara, ¿la conocía? ¿O se parecía a alguna que no podía ahora recordar?

Traté de concentrarme. Pero por más intentos que hice no pude rememorar dónde y cuándo la había visto.

¿Por qué la relacionaba con el Ambassador's?

Eran las cinco y media cuando cogimos con Rosie el Chrysler y nos dirigimos al teatro.

Cuando llegamos ya estaban allí el teniente Hawkins, el sargento Finney y cuatro policías más.

Caldwell deambulaba por allí, al igual que Edwin Thompson y Charles Mankheim. Todo el mundo estaba en sus puestos. Incluso Ivanov, aunque lo vi más pálido y con rostro no exento de preocupación. Apenas habían transcurrido diez minutos de nuestra llegada cuando hizo su aparición Myrna.

Miró con intensidad a Rosie que se hallaba junto a mí, mientras venía a nuestro encuentro para ignorarla después totalmente.

—¡Hola, amor! —me dijo.

—Hola, Myrna —saludé a mi vez—. Te presento a Rosie Forbes, mi secretaria.

—Tanto gusto, querida —dijo con desgana sin revelar la intención de ofrecerle su mano.

Rosie se limitó a hacerle un gesto de asentimiento muy frío.

Pude notar que la simpatía era mutua.

Sólo faltaba que llegase Lynda Grayson para animar al encuentro.

—¿Le importa que le robe unos minutos a su jefe, señorita Forbes? —dijo Myrna suavemente.

—No. Claro que no —respondió Rosie.

Luego zumbona, añadió:

—Para él será un placer, ¿verdad, jefe?

Solté un gruñido y me alejé cogiendo a Myrna del brazo.

Rosie nos vio marchar con los ojos llameantes.

—Eres un ingrato, Roy —me dijo Myrna mientras nos

alejábamos hacia su camerino—. Te esperé anoche y no viniste...

Estuve por decirle que tuve otro tipo de combate, pero me abstuve, lo que no pude es dejar de pensar de cuál de los dos hubiese salido peor librado.

Entramos en su camerino. Corrió el cerrojo con deliberada lentitud. Suspiró hondamente y me miró con fijeza.

—¿De veras estás seguro de que no corro peligro, Roy?

—Eso es difícil de asegurar, nena. Pero somos varios los que estamos aquí para evitártelo.

—Voy a confiar en ti, Roy. Así que voy a vestirme para el ensayo. Pero antes quiero que me respondas a una pregunta con sinceridad.

—Tú dirás...

—Voy a servir de cebo al asesino, ¿no es verdad? —dijo fríamente.

La miré con fijeza. No pude engañarla. Tras una breve vacilación le dije la verdad.

—Sí. Así es, Myrna. Pero le cogeremos Te lo aseguro.

—Quisiera tener tu fe, Roy.

—No dejaré que te toque, Myrna. Tenlo por seguro.

—Bien, vamos allá —me dijo—, tú ganas. Espero que no estemos cometiendo una peligrosa imprudencia.

Y empezó a desnudarse sin utilizar el biombo.

En cuestión de segundos quedó con el sujetador y unas diminutas bragas de blonda negra.

Se vino hacia mí, restregando su cuerpo contra el mío, luego me cogió la nuca con la mano derecha y acercó mi rostro al suyo.

Nuestras bocas se unieron en un beso ardoroso, salvaje. Casi interminable.

Cuando tras un mutuo esfuerzo, nos separamos, ambos teníamos agitada la respiración. El corazón me latía acelerado.

Enseguida volvió a la carga mordisqueando el lóbulo de mi oreja derecha. Con sus manos rodeó mi cintura pegándome a ella.

—¿Quieres hacerme el amor, Roy? —me susurró quedamente—. Lo necesito.

Cubrió mi boca con la suya impidiéndome cualquier respuesta. Su lengua inició un dulce baile con la mía.

Mientras, sentí que sus manos dejaban de abrazarme. Las noté

hurgando nerviosamente en la hebilla de mi cinturón, luego sentí que me bajaban la cremallera. Sentí que mis pantalones caían y luego el *slip*.

¡Diablo de mujer!

Se había salido con la suya.

Estaba loco por poseerla.

La arrastré suavemente hasta el sofá y allí nos entregamos a la más dulce de las tareas sin que nada nos preocupase.

—¡Adelante! —dijo Vladimir Ivanov.

La persona que había llamado suavemente a la puerta entró después de mirar a ambos lados del pasillo. No se veía a nadie. Magnífico.

—¡Ah! Muchas gracias por su atención —dijo Ivanov—. Ya sé que eso no entra en sus obligaciones, pero me apetecía ese vaso de leche. Olvidé tomarlo como otros días en el bar de la esquina.

—Ha sido un placer. No tiene por qué darme las gracias. Si en algo más puedo servirle...

—No. Es decir, si luego puede devolver el vaso...

—Desde luego. No faltaba más. Vendré a recogerlo.

Ivanov bebió un largo sorbo del vaso de leche, mientras su interlocutor salía del camerino.

Ivanov se hubiera sorprendido mucho de ver las precauciones que la figura que le había avistado tomaba para evitar ser vista.

Pero Ivanov no pudo advertirlo...

Seguía bebiendo...

Mientras, su visitante se introducía en otro camerino. El letrero de la puerta lo señalaba como el perteneciente a Linda Grayson.

El decorado estaba ya montado y todos los figurantes llevaban el traje que deberían vestir la noche del estreno. Todo había de quedar perfecto en este último ensayo general.

Rosie se hallaba junto a Hawkins, buscando con la mirada a Roy, quien hacía ya un buen rato que se había ido en compañía de Myrna Nolan.

Finney y sus hombres vigilaban atentamente. Su misión sería no perder de vista a nadie que pudiera atentar contra las figuras principales. Los pasillos y andamiajes sobre la escena estaban también vigilados.

Al portero se le había transmitido la orden de no dejar salir a nadie hasta finalizar el ensayo.

La voz del avisador sonó por el pasillo llamando a Myrna y a Ivanov a escena. No tardaron en salir de sus respectivos camerinos. Myrna acompañada de Nelson.

La orquesta inició los primeros compases. Las luces se apagaron, encendiéndose los focos de color, previstos para la escena. Sus haces multicolores taladraron la oscuridad.

Myrna e Ivanov aparecieron en el centro de los conos de luz. Había comenzado una nueva interpretación de la *Rapsodia azul*.

Los ojos de Rosie se encontraron con los míos. Yo estaba situado unos metros más al fondo de la escena. No dejé de advertir el mudo reproche que se leía en ellos. Traté de no pensar en ello y concentrarme en la vigilancia. Mi vista recorría continuamente todo lo que me rodeaba.

La orquesta atacaba la parte más brillante de la partitura de Lowell. Myrna era una pluma deslizándose. Parecía flotar. Evolucionando con magistrales giros iba al encuentro de Ivanov. Éste la levantó sin esfuerzo aparente alguno, aunque parecía sudar mucho, según pude advertir.

De pronto me pareció que Myrna le preguntaba algo a Ivanov. Luego Myrna emitió un alarido de terror, capaz de helar la sangre en las venas.

Ivanov vacilaba. Parecía incapaz de sostener a su pareja y de pronto se derrumbó arrastrando a la bailarina en su caída.

—¡Alto! —gritó Caldwell—. ¡Luces!

Se encendieron todas las luces del escenario, mientras la orquesta interrumpía la *Rapsodia* apenas comenzada.

Todos corrimos hacia los caídos bailarines.

Myrna estaba presa de un ataque de nervios. La abofeteó y pareció calmarse un tanto a la par que me miraba con asombro. Se la señalé a Rosie.

—Llévala al camerino. No la dejes sola por nada.

Rosie asintió cogiéndola de un brazo.

Nos inclinamos sobre el caído Ivanov. Su postura era grotesca. Carente de su habitual estética.

Ya no podíamos hacer nada por él. Estaba muerto.

Maldije en voz baja. Mientras Hawkins comenzaba a dar órdenes

a gritos a Finney y sus otros subordinados.

La amenaza del anónimo papel pautado se había cumplido en nuestras propias narices.

Una blanca espuma brotaba de la boca contraída de Vladimir Ivanov. Me acerqué más a su rostro y entonces, como ya suponía, advertí un fuerte olor a esencia de almendras amargas.

Cianhídrico anhidro, cianuro potásico.

El bailarín había sido envenenado.

El cianuro es rápido. Había sido prácticamente envenenado ante nosotros.

Se lo hice notar al teniente que estaba junto a mí.

—¡Maldición! —masculló a mi lado, Hawkins—. ¡Esta *Rapsodia azul* se está convirtiendo en una Rapsodia de color rojo! ¡Rojo sangre!

Bien cierto. Había costado ya dos vidas.

—Vamos al camerino de Ivanov —insinué—. Tuvo que tomar el veneno allí...

Hawkins ordenó a uno de los agentes que cubrieran el cuerpo del infortunado bailarín y que nadie se alejase. Luego me siguió rezongando.

Finney se nos incorporó.

—He avisado al forense, a una ambulancia y al equipo de huellas por si hace falta...

—Bien, sargento. Muy bien —dijo Hawkins—. En cuanto a la salida...

—Cubierta, teniente. Nadie ha salido ni podrá salir del teatro sin su autorización. Avisé al portero que estaba merendando.

—Es un consuelo —gruñí—. ¡El asesino está entre nosotros! Y hay unas cincuenta de personas moviéndose por aquí.

Empujé la puerta del camerino y los tres entramos en él.

Revolvimos lo necesario para apercibirnos claramente de que allí no había botella de agua o bebida alguna. Ni tampoco ningún vaso vacío. ¿Cómo le habían administrado el veneno?

CAPÍTULO XII

El interrogatorio fue un auténtico fracaso.

Nadie vio que Ivanov bebiese nada.

Nadie dijo haberle llevado bebida alguna.

Nadie vio que alguien saliese de su camerino con botellas o vasos.

Pero Ivanov había ingerido cianhídrico.

Y había sido minutos antes de comenzar el baile.

Dos muertes y estábamos como antes.

Rosie seguía acompañando a Myrna que aún seguía bajo los efectos del pasado ataque de nervios.

Cuando entré en el camerino, se me echó a los brazos y Rosie hizo una mueca de disgusto.

—¡Oh, Roy! Ha vuelto a matar y todos estabais ahí. Me matará también. Desobedecí la orden del anónimo. ¡Nunca debí volver a interpretar esa maldita *Rapsodia*! No te separarás de mí, ¿verdad, Roy?

Rosie me miró fijamente. Parecía ser ella quien esperase mi respuesta.

—Debo solucionar esto, Myrna. Tienes que comprenderlo —dije vagamente.

—Deja que lo haga la policía —susurró—. Te contraté. Te debes a mí. No lo olvides.

—Creo que debemos aclarar eso, Myrna. Me contrataste para tu seguridad, porque estabas amenazada. No aclaramos cómo debía yo evitar que te matasen. Mi forma de actuar para evitarlo es ir tras el asesino y cazarlo y eso no me gusta que me enseñen cómo hacerlo. Lo que en ningún caso se me puede contratar es como acompañante al estilo *play-boy* —dije con exceso de dureza.

Myrna se mordió los labios, mientras Rosie contenía a duras penas la felicidad que mis palabras le habían producido.

La entrada de Caldwell seguido de Linda Grayson rompió la tensión que habíamos creado.

—¡Santo Dios, Nelson! ¿Qué está pasando en mi teatro? ¡Otro asesinato! Esto es mi fin y el de *Rapsodia en Blues*. Me costará encontrar quien sustituya a Ivanov si esto dura.

—Y a mí, Kennett —intervino Myrna—. Porque yo también renuncio a interpretarla.

—No puedes hacerme eso, Myrna querida. Te recuerdo que tienes un contrato conmigo. No puedes rescindirlo por capricho, te llevaría a los tribunales si fuera preciso.

—¡Por capricho dices! Ya ha habido dos muertes y yo misma estoy amenazada por un motivo estúpido. No, no bailaré, Caldwell.

Linda intervino entonces.

—No podemos dejar al señor Caldwell en la estacada. Estoy segura de que Roy y la policía descubrirán al asesino. Pero Myrna querida —dijo imitando a Caldwell—, quiero decirte que yo no tengo miedo y si el señor Caldwell me da una oportunidad te sustituiré en tu parte en *Rapsodia en Blues*. Es mi oportunidad.

—Eres capaz de hacerlo. Nunca me has podido ver. Pero no te guardo rencor, Linda. No esta vez, porque no sabes lo que te juegas. Tu estúpida ambición puede llevarte a la muerte. ¿Puedes comprender eso? Aparte de que mi nombre y el de Vladimir tenían un gancho muy diferente para el cartel. ¡Díselo, Kennett! —añadió imperiosamente dirigiéndose a Caldwell.

—Creo que estamos todos nerviosos —contemporizó éste—. Todos hemos dicho cosas que no queríamos decir.

—Yo no —dijo secamente Myrna.

—Ni yo —repuso a su vez Linda Grayson, con firmeza.

—Vamos, Rosie —corté. Y dirigiéndome a Myrna, añadí—: Fuera del camerino hay vigilancia. Arréglate tranquila. Pediré a Hawkins que te acompañen a casa. Haré que te vigilen continuamente.

No me respondió.

Cuando salimos, Rosie me dijo mordaz:

—¿También se tutea con la Grayson, jefe? Le llamó Roy.

En estos casos sólo se puede hacer una cosa.

Y la hice.

Solté un gruñido.

Hawkins vino a nuestro encuentro. Su rostro reflejaba el mal humor que le embargaba.

—Ni una maldita pista, Nelson. Es inaudito. Los malditos plumíferos pedirán mi cabeza en sus cochinos periódicos.

—También yo ando desconcertado, Hawkins —dije sinceramente.

Me miró dubitativo y eso me halagó, pero mi tono de sinceridad pareció convencerle de que decía la verdad.

Habían ya retirado el cuerpo de Ivanov.

El forense había corroborado como ya imaginábamos la muerte por ingestión de ácido cianhídrico anhidro, puro. Líquido incoloro, muy venenoso y con fuerte olor a esencia de almendras amargas. Sin duda, aunque ya lo diría la autopsia, le había sido administrado por vía oral. Ya que nosotros lo habíamos visto algunos minutos antes de morir y durante este lapso de tiempo no le pudo ser administrado ni por vía respiratoria ni por absorción a través del tejido celular, las mucosas o la piel.

Para administrarlo por vía oral había tenido que ser, para ser perfectamente soluble, mezclado con nitrato de plata, ya que no produce enturbiamiento alguno mientras no se añada más de una molécula de nitrato argéntico para dos moléculas de cianuro potásico.

Podía haber sido administrado, pues con agua, pero era más plausible, casi seguro, que no se hubiera corrido el riesgo de que se notase algo extraño, y que se hubiera administrado mezclado con jugo de naranja o con leche.

Esto era cuanto pudimos saber cómo avance de su informe que luego complicaría con porcentajes y palabras inidentificables para un policía.

Me dirigí a Hawkins cuando el forense hubo terminado de hablar.

—La única pista a seguir que tenemos es saber cuándo, cómo y dónde bebió Ivanov poco antes de salir a escena —dije. Y luego, añadí—: Desmenuzando la pregunta llegamos a la siguiente conclusión: dada la rapidez en actuar el veneno, el cuándo se reduce a pocos minutos antes de salir Ivanov de su camerino. Esto aclara también el apartado dónde.

—¿Quiere esto decir que alguien le llevó un vaso en el veneno a

su camerino? —dijo el teniente.

—Bravo, Hawkins —le animé—. No. No me burlo —añadí al ver que fruncía el ceño—. Veamos, alguien le llevó un vaso o una botella. ¿Dónde está? No la vimos cuando entramos en su camerino. Esto nos abre una doble posibilidad: que alguien la hubiese ya dejado allí de antemano o que la trajese consigo mientras Ivanov se maquillaba. Posiblemente aguardó a que Ivanov bebiese. ¿Pero aguardó o no a que bebiese ante él?

—¿Importa eso mucho? —inquirió Hawkins.

—Claro —dije triunfal—. Si aguardó, pudo él mismo llevarse el vaso. En caso contrario, si lo dejó, tuvo que regresar a buscarlo. No es fácil cruzar dos veces un teatro lleno de gente con un vaso en la mano.

—Pero lo hizo —gruñó Hawkins.

—O no —dije simplemente.

—¿Qué quiere decir, Nelson?

—Quiero decir que pudo prepararlo en un camerino contiguo y luego de darlo a Ivanov, retirarse al camerino de donde había salido y esperar a que llamasen a escena a Ivanov, para retirar de nuevo el vaso.

—¡Maldita sea! No se me ocurrió esa idea. ¡Sargento! —gritó.

Finney acudió trotando desde casi el otro lado del escenario.

—¡Sargento! —repitió Hawkins al jadeante Finney—. Mire en todos los camerinos. Busque una botella o un vaso recién utilizado. Posiblemente con residuos de leche o de naranja. No lo toque con las manos. Envuélvalo en un pañuelo y tráigalo, lo daremos a los muchachos de huellas.

Finney salió de estampida a cumplir el encargo.

No tardó más de ocho minutos en venir con un vaso envuelto en su pañuelo.

—Lo encontré, teniente —dijo muy ufano—. Tiene restos de leche...

—Bravo, sargento —dijo Hawkins—. ¿Dónde lo halló?

—En el camerino de Linda Grayson, señor.

Hawkins silbó por lo bajo.

—Esto no quiere decir nada, Hawkins —dije—. Cualquiera pudo dejarlo allí. Esperemos que haya huellas que puedan revelar quién lo manejó. Además me parece recordar que Caldwell y la señorita

Grayson llegaron después de la muerte de Ivanov...

—En esto se equivoca, Nelson —sonrió Hawkins—. Recuerde que cuando usted llegó ya estaba yo aquí.

—¿Y bien?

—Que antes ya estaban aquí Caldwell y la chica. Sólo que salieron a tomar un café al bar de la esquina —añadió Hawkins triunfalmente—. Yo los vi salir. Pero no entrar.

CAPÍTULO XIII

Me puse a pensar. Recordaba las palabras que Linda había pronunciado en mi presencia en el camerino de Myrna. Había demostrado ambición y falta de miedo... Pero no era posible que para llegar a primera figura matase a dos personas. No, no la creía capaz. Tampoco podía haber apuñalado a Lowell. No tenía fuerza suficiente para una puñalada como aquélla.

¿Pero por qué estaba el vaso de leche en su camerino? ¿Casualidad? ¿Se había visto obligado a dejarlo allí el asesino? ¿Era un aviso para la chica?

El problema era cada vez más complejo.

—¿Va a detener a Linda Grayson, Hawkins? —indagué.

—No. No aún —vaciló el teniente—. Antes quiero saber qué huellas hay en el vaso y si hay restos de cianuro en él... Quizá en cualquier momento bebió leche y dejó allí el vaso.

—Eso iba a decirle...

Caldwell y Linda por un lado y Rosie, que hacía un rato se había alejado, convergieron hacia donde yo estaba con Hawkins.

—¿Qué piensa hacer ahora, Caldwell? —preguntó Hawkins.

—Estrenar como estaba previsto. No puedo hacer otra cosa. Buscaré otro bailarín. Si Myrna quiere seguir, bien... Si no la demandaré por incumplimiento de contrato. En cualquier caso mientras se resolvía el pleito la reemplazaría Linda. La creo capacitada. Para su parte es más fácil encontrar sustitúa.

—¿No tiene usted miedo, señorita Grayson? —dijo Hawkins suavemente.

—No. Tiene que haber otros motivos para esas muertes. ¿Por qué no iba a poder interpretarse la *Rapsodia azul*? ¡Es ridículo!

—¿Bebió usted algo en el teatro esta tarde, señorita Grayson? —preguntó Hawkins de sopetón.

Linda Grayson le miró con asombro.

—¿Cómo dice? —inquirió.

—Voy a repetirle la pregunta —dijo Hawkins suavemente—. ¿Bebió usted algo esta tarde en el teatro?

—Pues... —Linda vaciló unos segundos—. Sí, ahora que recuerdo bebí un vaso de leche. Pedí a Ernie que me lo trajera.

—¿Quién es Ernie? —preguntó Hawkins.

—El portero. Le pedí que fuera al bar de al lado a buscarlo. Fue muy amable al acceder.

—Sargento —dijo, volviéndose a Finney, que ya había vuelto después de entregar el vaso a los del equipo de huellas—. Traiga a ese Ernie.

—¿Dónde dejó usted el vaso, señorita Grayson? —siguió preguntando el teniente—. ¿O se lo llevó el tal Ernie?

—No. No. Lo dejó en mis manos y se fue. Yo bebí y luego lo dejé sobre el tocador.

No tardó ni dos minutos en venir Finney acompañado del portero que yo ya conocía, aunque sólo una vez lo vi en su garita de la puerta.

—¿Es usted Ernie? —interrogó el teniente.

—Sí, señor. Ernie Garrison para servirle.

Hawkins carraspeó.

—¿Llevó usted alguna bebida esta tarde a la señorita Grayson?

—Sí, señor. Un vaso de leche. Me pidió que fuera a buscárselo al bar.

—¿Vio cómo o bebía?

—No, señor. Me fui inmediatamente después de dárselo.

—Llevó algún otro vaso de leche u otra bebida a alguien más.

—No, señor.

—¿Está seguro, Ernie?

—Naturalmente, señor.

—Está bien, nada más. Gracias, Ernie.

—De nada, teniente.

Y haciendo una leve inclinación de cabeza, Ernie se retiró a su puesto.

Hawkins se volvió nuevamente a Linda Grayson.

—¿Bebió usted efectivamente ese vaso de leche?

—Sí, claro que sí —afirmó categóricamente.

—¿No le parece entonces un poco extraño que poco después

saliera nuevamente al bar con el señor Caldwell?

—Por si le interesa lo que bebo o dejo de beber, teniente... Salí para acompañar al señor Caldwell. No para beber nada, pues como usted ya sabe acababa de hacerlo.

—Está bien —gruñó Hawkins—. Nada más, señorita Grayson.

—Lo que ha dicho la señorita Grayson es totalmente cierto —añadió Caldwell—. En el bar no bebí nada, pues me dijo que acababa de hacerlo en su camerino. Y ahora discúlpennos...

Y cogiendo a Linda de un brazo se alejaron.

Hawkins movió la cabeza preocupado.

—Volvemos al punto de partida, Nelson. ¡Maldito embrollo! Me voy hacia el precinto. Aquí ya nada hay que hacer.

Se despidió de nosotros.

Finney le siguió silencioso.

—He estado dando una vuelta, Roy. Y te traigo un notición.

—¿Sí? —dije desganadamente.

—Sí. ¿Recuerdas la fotografía que te recordaba a alguien, la del tal Hofbauer...?

—Sí.

Súbitamente se había despertado en mí el interés.

—Ya sé a quién te recordaba.

—¿A quién?

—A Charles Mankheim, el escenógrafo.

Me di una palmada en la frente.

—Buena chica, Rosie —dije—. Eres inapreciable. Claro, es a él a quien me recordaba...

—Hice otra averiguación —dijo Rosie con aire satisfecho—. Es de origen alemán.

—Tendremos que investigar a nuestro amigo Charles... En cuanto sepamos dónde vive.

—Eso es fácil, Roy. Los porteros suelen tener una lista del domicilio y teléfono de cuántos intervienen en la obra. Ernie nos informará...

—Buena idea. Lo haremos así. Pero además vamos a seguirlo. Tengo una corazonada.

—¿Cuál, Roy?

—Estoy seguro de que al no decirle nada Hawkins, supondrá que la policía no encontró los papeles y fotografías con que le

chantajeaban. Lo cual quiere decir que en cualquier momento irá a casa de Lowell a ver si los encuentra. Y ahora es un buen momento.

—¿Quién crees que es el tal Hofbaüer?

—Si no me equivoco, podría ser su padre. Vamos, Rosie, esperaremos fuera sentados en el Chrysler.

Apenas transcurrió media hora y vimos salir a Charles Mankheim. Tomó un taxi en la puerta.

Yo arranqué tras él.

A medida que recorríamos las empinadas calles de San Francisco me di cuenta de que había acertado en mis suposiciones.

Charles Mankheim se encaminaba al domicilio de Clay Lowell.

¿Cómo pensaría entrar?

Pronto despejé esa incógnita. Un hombre bajó de un coche aparcado cuando el taxi de Mankheim paró frente a la puerta y éste descendió.

Se saludaron y se encaminaron juntos al edificio.

No me equivoqué. Yo conocía a aquel individuo. Era un tal Farrell, un conocido «virtuoso de la ganzúa».

Habíamos estacionado muy cerca el Chrysler. Abrí la guantera y saqué mi Magnum poniéndola en su funda en mi axila. Nunca se sabe.

Rosie me miró con aprensión, pero me obedeció cuando le dije que no se moviera de allí.

Antes de que descendiera me tironeó de la manga y atrayéndome hacia ella me besó suavemente.

—Ten cuidado, Roy.

Le guiñé un ojo y moví afirmativamente la cabeza.

Me dirigí a la casa del difunto Lowell y tomé el elevador. Descendí en el piso superior y descendí por la escalera hasta el piso del músico. No deseaba ser visto aún.

Como suponía el pasillo estaba desierto.

Eso indicaba que ambos habían entrado ya en el apartamento. Sonreí imaginando la cara que pondrían al descubrir la caja tras el piano y vacía por añadidura.

¿Qué pensaría Mankheim?

Me aposté frente a la puerta y esperé.

No se hicieron esperar. La puerta se abrió cautelosamente. El rostro del escenógrafo apareció tras ella. Abrió mucho la boca al

verme.

—¡Nelson! ¿Usted aquí? —balbuceó.

—Ya puede salir, Mankheim. Yo tengo lo que busca.

Charles Mankheim acabó de abrir la puerta. Farrell salió tras él.

—¡Hola, Farrell! ¿Trabajando, no?

—Oiga, Nelson, usted ya no es un polizante, así que déjelo estar.

No se meta en esto.

Reí entre dientes.

—Quizá Hawkins tenga algo que opinar... —dije—. Somos como hermanos...

—¿Piensa avisarlo? —dijo Farrell con acento de preocupación.

—Pensándolo bien, no. Al fin y al cabo no se llevan nada...

—Está bien, Nelson. Recordaré el favor... —Y añadió—: Ya nos veremos, señor Mankheim.

No esperó a que ninguno hablara y se lanzó escaleras abajo. Mejor para todos.

—¿Es cierto que usted tiene los pa...? —empezó Mankheim.

—Sí, Mankheim. Los tengo. Vamos abajo y hablaremos de ello.

Y el alicaído Charles Mankheim y yo descendimos en el elevador. Ya abajo, sumidos en nuestros propios pensamientos, recogimos a Rosie y los tres fuimos al Scotch donde anteriormente había estado aguardando que se fuera Hawkins en mi anterior visita.

Teníamos mucho de qué hablar Mankheim y yo.

CAPÍTULO XIV

Habíamos ya pedido nuestras consumiciones. Mankheim permanecía silencioso. Sin duda pensaba activamente. No era para menos.

Rompí el silencio.

—¿Quién es Hofbauer? —pregunté a bocajarro.

—Es mi padre.

—Lo suponía.

—Mankheim es el segundo apellido de mi madre. También era alemana. Supongo que ya lo sabe todo sobre mi padre.

Asentí.

—Mi padre entró en América sin autorización, ilegalmente. Utilizamos desde hace años el segundo apellido de mi madre. En América éramos los Mankheim. De saberse quién era mi padre nos hubieran deportado. Está arrepentido, Nelson, créalo. Es muy diferente de lo que fue en su juventud. Ahora sólo está pendiente de las plantas de su jardín... No sé cómo, pero Lowell averiguó quiénes éramos. Tenía incluso fotografías de mi padre con el uniforme de oficial de las SS. Me extorsionaba con ello, amenazándome con entregar esos papeles y fotografías al FBI. Su apetencia de dinero era cada vez mayor. Yo estaba asustado...

—Y por eso lo mató, ¿verdad? —dije suavemente.

—No —gritó—. Yo no lo hice. Se lo juro.

Su grito atrajo hacia nosotros la atención de varios clientes. Al percatarse, se sentó nuevamente, azorado. Su rostro estaba lívido.

—No, no lo hice —repitió con voz queda—. Pero lo merecía. Era un cerdo.

—No debe preocuparse ahora, Mankheim. Yo tengo esos papeles y fotografías. Pase mañana por mi despacho. Rosie se los entregará y, créame, destrúyalos. No sólo son un peligro para su familia. Son también un móvil para un crimen.

—Lo sé, Nelson. Así lo haré. Y créame que no sé cómo agradecerse.

—Lo hago porque no le creo culpable de ese crimen. Y porque tampoco soy quién para sentenciar a su padre con la publicidad de esos documentos. Y tenga por seguro una cosa, Mankheim, nadie sabrá nunca nada por mí ni quedará nota de ello en mi archivo. Por cierto. ¿Sabía Farrell lo que iba a buscar?

—No. Claro que no.

—Mejor. Si lo hubiese sospechado, se los hubiera quedado y le extorsionaría él. Lo he dejado ir porque así no tenemos que dar explicaciones a la policía y porque en realidad sólo le podía acusar de allanamiento de morada.

—Reconozco que no fue una buena idea recurrir a sus servicios, pero la verdad es que estaba desesperado. Al ver que la policía no me citaba comprendí que no habían encontrado esos papeles. Yo estaba dispuesto a deshacerlo todo con tal de hallarlos. Fue un golpe imprevisto para mi ver el escondrijo abierto y vacío.

—¿Qué opina usted de los crímenes, Mankheim?

—Sinceramente, al principio no creí en los anónimos. Creí que eran para encubrir una venganza contra Lowell por parte de otro extorsionado como yo. Su muerte me asustó porque temí que se supiera todo si se encontraban sus papeles y fotografías. Hoy con la muerte de Ivanov empiezo a creer en que esos anónimos dicen la verdad. Un loco anda suelto en el Ambassador's.

—¿Sospecha de alguien, usted que los conoce más? —pregunté.

—No. Y si como parece dos crímenes están relacionados, mucho menos. ¿Quién podía querer matar a Ivanov? Ciertamente era un homosexual, pero no daba escándalos en el teatro y era amable y dúctil. ¿Y a Myrna? Tiene fama de ninfómana. Crea que no he tenido ocasión de comprobarlo personalmente, pero es buena chica. Muy buena compañera. Y una gran bailarina.

—¿Y de Linda Grayson qué opina?

—Buena chica, prometedora bailarina también, pero muy ligera de cascos y ambiciosa. Incapaz totalmente de matar una mosca. Así es ella bajo mi prisma.

—¿Y de Ernie Garrison? —intervino ahora Rosie que nos había escuchado en silencio—. ¿Puede darnos su opinión?

—¿Garrison?

—Sí. El portero...

—¡Ah, ya! No recordaba su nombre. Lo he tratado poco, señorita, creo que hace más de treinta años que está en el Ambassador's.

—Ya —murmuró Rosie, enmudeciendo de nuevo.

—Bien, si me lo permiten, voy a dejarles. Ya les veré mañana.

Nos estrechó la mano con calor y salió apresuradamente.

Yo apuré mi Johnny con hielo y Rosie su té con limón.

Luego salimos también. Había una niebla densa como es frecuente en San Francisco.

—¿Me invitas a cenar, Roy? —me preguntó Rosie ya en el Chrysler.

—Claro, encanto —dije dándole a la llave de ignición.

Y pusimos rumbo al Nueva Seúl. El restaurante chino de nuestro amigo Li-Wang-Pen, adonde solíamos ir casi cada día.

El Nuevo Seúl estaba bastante concurrido aquella noche. Li acudió a recibimos como era su costumbre conmigo y nos dedicó una cortés reverencia. Vestía como siempre de oriental.

—Visita de amigos, honla casa de Li —dijo con ojos sonrientes.

—Somos nosotros los honrados por tenerte como amigo, Li —le dije devolviendo su saludo.

Li nos hizo una nueva reverencia antes de conducirnos a una mesa ligeramente apartada.

Dejamos nuestra cena a su elección, ya que conocía perfectamente nuestros gustos.

Sin apercibirme me ensimismé en mis pensamientos. Tras un buen rato de silencio, Rosie murmuró:

—¿En qué piensas, Roy?

—En Linda —contesté demasiado rápidamente.

—Muy bonito —gruñó Rosie—. Me llevas a cenar. Te quedas callado como una estatua y cuando abres la boca es para decirme que estás pensando en otra mujer. Es inaudito.

Sus ojos brillaron amenazando llenarse de lágrimas.

¡Diablo de mujeres! ¡Qué raras son a veces!

—Escucha, Rosie. No he querido molestarte. Cierto que pensaba en Linda. Pero no en la forma que imaginas. Pensaba en ella como posible asesina...

Rosie abrió unos ojos como platos.

—¡Roy! No es posible que creas...

—¡Maldita sea! Por primera vez en mucho tiempo estoy hecho un lío, lo confieso. Hasta ahora he creído en un solo asesino. Pero ¿por qué no dos? Ciertamente que Linda no pudo apuñalar a Lowell. Se requería para ello la fuerza de un hombre. Pero pudo matar a Ivanov. Tenía un móvil. Ivanov no bailarían con ella y por otro lado si Myrna se asustaba actuaría como dijo: dejando de bailar en *Rapsodia en Blues*. Eso le abriría a ella las puertas del triunfo. No la creía una asesina, pero tal vez lo sea. Piensa, Rosie. Linda pide el vaso de leche a Ernie. Éste se lo lleva al camerino y no se lo ve beber. Imagínate que Linda espera a ver a Ernie desaparecer por el pasillo y entonces con el vaso entra en el camerino de Ivanov y se lo ofrece. Ivanov bebe. Linda regresa a su camerino con el vaso. No espera a que Ivanov salga para comenzar el baile con Myrna y se va con Caldwell al bar. El crimen perfecto.

—Olvidas una cosa importante, Roy. Sin saber eso, no hay teoría.

—¿Qué es? —pregunto sorprendido.

—¿Hay vestigios de cianuro en el vaso que Finney ha encontrado en el camerino de Linda?

Diablo de chica. Tiene razón. Si hay residuos de veneno, ello quiere decir que ella no bebió la leche de aquel vaso y si es cierto lo expuesto todo la hace culpable con coartada. Si ella lo bebió realmente, entonces hay dos vasos, porque ella no pudo lavarlo en su camerino y volver a poner más leche en él con el veneno. No es verosímil. Por otra parte si no hay residuos de cianuro entonces ha dicho la verdad y hay otro vaso en juego, el que contuvo el veneno.

—Magnífica deducción, Rosie. He comprendido perfectamente lo que querías decir. Cuando hayamos cenado llamaré a Hawkins, tal vez tenga ya el informe de toxicología. No pensemos más por el momento en este maldito embrollo.

—Trato hecho, jefe.

Cenamos con buen apetito hablando de cosas triviales. Cuando hubimos tomado el postre le anunció a Rosie que iba a llamar a Hawkins al precinto.

No llegué a hacerlo.

Se me adelantó él.

—Señor Nelson al teléfono —dijo Li, acercándose a nuestra mesa

—. Llama teniente Hawkins.

Nos miramos con Rosie.

Me levanté y bajé los escalones que desde el fondo del comedor, conducían a los servicios y a la cabina telefónica.

—¿Nelson? —dijo la voz de Hawkins cuando me identifiqué.

—Yo mismo, Hawkins. Dígame...

—Como suele frecuentar el Nueva Seúl supuse que estaría cenando ahí...

—Iba yo a llamarle, Hawkins. ¿Tiene ya el informe de toxicología sobre el vaso que halló el sargento Finney en el camerino de Linda Grayson?

—Sí. Y contiene efectivamente rastros de cianuro. Sin embargo, curiosamente está limpio de huellas. ¿Le dice eso algo?

—No. Por lo contrario eso creo que lo complica más.

—No le llamaba por eso, Nelson. ¿Pensó tal vez que Linda Grayson tenía algo que ver con la muerte de Ivanov?

—Francamente, sí, Hawkins. Pero lo que usted me ha dicho hace que lo descarte por improbable.

—Pues aún no se lo dije todo, Nelson. Pero puede descartarla. Linda Grayson ha sido asesinada en su domicilio. Puede venir si lo desea...

CAPÍTULO XV

Rosie me acompañó.

Cuando ambos llegamos a la vivienda de la infortunada Linda salían ya los muchachos del equipo técnico.

Hawkins vino hacia nosotros con el ceño fruncido.

Nos dimos un mudo apretón de manos.

—¿Cómo fue? —le pregunté.

—Un sucio trabajo, Nelson. Le seccionaron la yugular de una cuchillada. ¿Quiere verla?

Asentí, volviéndome hacía mi secretaria.

Rosie se soltó de mi brazo antes de que dijera nada.

—Te espero por aquí, Roy.

—Mejor —farfulló Hawkins—. No es un espectáculo agradable, créame.

Hawkins echó a andar hacia el fondo del piso y yo le seguí. Entramos en el dormitorio.

Linda yacía en el centro de la estancia, como una gran muñeca desmadejada. Se hallaba en bata. Una bata blanca que ahora aparecía salpicada de sangre.

La abertura desabotonada en su mayoría, dejaba entrever la blancura de sus torneados y bellos muslos.

Sus rojos cabellos se abrían en abanico sobre la alfombra. Bajo su cabeza había un gran charco producido por la sangre que había brotado a borbotones de su destrozada garganta.

En su rostro, bellísimo, había aún una horrible mueca que denotaba el profundo horror que había sentido al ver venir la muerte.

Me estremecí involuntariamente al recordar que aquel cuerpo yerto no hacía mucho que había vibrado en mis brazos.

Su ambición le había llevado a reírse del peligro. Ahora ya era tarde para rectificar.

¡Tenía que acabar con el loco homicida causante de aquellos crímenes! Apreté los dientes rabioso.

Hawkins me contemplaba en silencio.

El forense hablaba con Finney en un rincón. Se nos acercó al vemos entrar.

—No doy abasto con tanta autopsia, Hawkins. ¿Qué diablos está pasando?

—Eso quisiera yo saber —gruñó el teniente.

—Ya pueden levantar el cadáver y enviármelo. Como ya suponíamos ha muerto al serle seccionada la yugular. Apenas hará dos horas que le mataron. Cuando le haya hecho la autopsia ya le precisaré más la hora. Apenas ha tenido tiempo de enfriarse.

Luego nos dio la mano y salió.

—¿Cómo supieron lo ocurrido? —pregunté al teniente.

—Caldwell la llamó por teléfono para consultarle algo sobre un bailarín. Al no responder a la llamada, habiéndole dicho ella que estaría en casa, se alarmó y me llamó al precinto. Ordené a Finney que viniera con un par de hombres. El portero les dijo que la vio llegar... Ya puede imaginar el resto. Forzaron la puerta, entraron y la encontraron muerta.

—Pobre muchacha —gruñí—. ¿Alguna pista?

Hawkins negó con la cabeza.

—Encontramos esto —dijo, y me enseñó un papel pautado con escritura en tinta roja cubriendo el pentagrama.

—¿Huellas? —inquirí.

—Ni una.

Lo tomé en mis manos.

Era más lacónico que los otros.

Decía:

«Desafiarme es morir».

Se lo devolví a Hawkins.

—No sé por dónde empezar, Nelson. Estoy completamente desorientado —gruñó éste con desaliento.

—Yo creo que si lográsemos aclarar el problema del vaso de leche, llegaríamos a la localización del asesino. Hay un par de cosas que me preocupan.

—Por ejemplo...

Me volví a Finney que nos escuchaba muy interesado.

—¿Sargento, puede contestarme un par de preguntas?

Finney miró a Hawkins. Éste dio su asentimiento con un movimiento de cabeza. En su rostro se pintaba una viva curiosidad.

—Piense bien en las preguntas antes de responderme, sargento —indiqué—. Es muy importante que no haya error en las respuestas...

—Pregunte, Nelson.

—¿Cuándo registró los camerinos buscaba un vaso o una botella?

—Los dos —fue la firme respuesta.

—Perfecto. Después de encontrar el vaso con residuos de leche en el camerino de Linda Grayson, ¿siguió buscando en los demás o se dio ya por satisfecho con su hallazgo?

Finney enrojeció.

—Los recorrí todos, Nelson. Estoy seguro de que en ningún otro había vaso alguno o botella.

—Sin embargo, puede haber una posibilidad que se nos escapara a todos. Creo recordar que tras el asesinato de Ivanov, usted le dijo algo así al teniente: «Nadie ha salido, ni podrá salir del teatro sin su autorización. Avisé al portero que estaba merendando». ¿Fue así, Finney?

—Creo que es textualmente lo que dije...

—Recuerdo ahora, sargento, ¿qué estaba merendando, Ernie? O más concretamente, ¿recuerda qué bebía?

Finney palideció.

—¡Maldición! —farfulló presa de un súbito nerviosismo—. ¡Bebía leche! Estoy seguro. Al lado tenía un termo. Nelson cree...

Hawkins miraba a Finney con irritación mal disimulada.

—No se precipite aún, sargento. Pero creo que es interesantísimo ese dato. Repasemos los hechos conocidos y veamos si pudo hacerlo. Imaginemos que le lleva a Linda el vaso solicitado. Ésta lo bebe y se va con Caldwell. Mientras Ernie lleva en una botella más pequeña o plana la leche suficiente para llenar de nuevo el vaso que Linda había vaciado. Gracias a disponer de un termo, la leche es caliente aún. Rellena el vaso con el veneno y saliendo del camerino de Linda, atraviesa el pasillo y entra en el de Vladimir. Éste bebe la bebida que cree viene del bar y sale al ser llamado a escena por el

avisador. Ernie vuelve a entrar, limpia las huellas exteriores del vaso y lo lleva de nuevo al camerino de Linda. No le interesa pasearse ahora con un vaso en la mano. Creo que esto es plausible. Pudo hacerlo.

—¡Voy a por él! —Gruñó Hawkins—. ¡Sígueme, Finney! —añadió rezongando.

—Espere, Hawkins —dije pensativo—. Es muy endeble lo que tenemos contra él. Además no veo claro el móvil. ¿Qué le importa a él que se interprete o no la *Rapsodia* de Lowell?

—¡Ya nos lo dirá! —masculló el teniente entre dientes—. ¡Vaya si lo dirá!

—No, Hawkins. Tengo una idea mejor, créame. Se lo daré en bandeja, sin posibilidad de escape, si es él.

Hawkins se rascó el lóbulo de la oreja izquierda, pensativo. Al fin me miró fijamente y dijo:

—Está bien, Nelson. Usted gana. ¿Qué ha pensado?

Durante unos minutos les expliqué lo que se me había ocurrido para comprobar mi teoría.

Tanto Hawkins, como Finney me escucharon con la boca abierta. Al final, el teniente, musitó:

—Es un plan retorcido, pero genial. No obstante lo encuentro peligroso, Nelson. Si el tal Ernie es culpable, quedará unos minutos a su merced, antes de que podamos actuar... Puede ser peligroso...

Me encogí de hombros.

—Sé cuidarme, Hawkins. Se lo aseguro.

—*Okay* —dijo el policía—. Usted se lo buscó.

Salimos de la sala. Rosie me esperaba ya ligeramente nerviosa sentada en el saloncito.

Pocos minutos después la dejaba en su apartamento.

Hawkins y yo aún teníamos trabajo aquella noche para preparar la trampa de la que yo sería el cebo.

Aquella tarde, Ernie Garrison llegó temprano al teatro.

Abrió con sus llaves la puerta de entrada al escenario. Aún faltaba casi una hora para que empezasen a llegar artistas y tramoyistas.

Tenía que haberse estrenado al día siguiente la obra que se había ensayado: *Rapsodia en Blues*. Pero los asesinatos del primer bailarín y la segunda bailarina, aparte de la renuncia de Linda

Grayson, la «estrella», habían postergado el estreno hasta una fecha no fijada aún.

Caldwell, el empresario, buscaba desesperadamente sustitutos para los tres primeros papeles. Esto significaba casi volver a empezar, con el consiguiente gasto.

Ernie Garrison se sentó tras la cristalera donde tenía su despacho de recepción. Se sacó el diario que llevaba plegado en el bolsillo con ánimo de enterarse de la marcha de las investigaciones en los recientes crímenes y entonces se apercibió del gran sobre cerrado que había en su superficie.

Apartando el periódico, lo abrió y su sorpresa no tuvo límites al aperibirse de su contenido. Era una hoja de papel pautado. Sobre las líneas impresas de pentagrama estaba escrito en tinta roja con grandes caracteres:

«Estoy enterado de todo, Ernie. Lo olvidaré si colabora. No creo que un nuevo trabajo le cause mucha extorsión. Estaré durante el ensayo en el antepalco número seis del primer piso. Le espero a las siete en punto».

No llevaba firma. No hacía falta para asustarle. Palideció mortalmente. Sus dedos se crisparon. Estuvo un par de minutos en silencio releendo una y otra vez el anónimo. Luego extrajo un mechero del bolsillo interior de su americana y le prendió fuego.

Unos segundos después en el suelo había un montón de retorcidas cenizas. Las pisoteó furioso esparciéndolas, hasta hacerlas desaparecer.

Alguien se iba a acordar de él.

Se sentó nuevamente y se puso a meditar.

Más tarde el ruido de sus pasos se perdía en las escaleras que al fondo del escenario, ahora casi en tinieblas, conducían al sótano.

Allí había una gran habitación que servía de depósito para el *atrezzo* de pasadas obras que se habían representado.

Allí esperaba encontrar algo que pensaba utilizar...

Faltaban apenas quince minutos para las siete.

Las luces del escenario estaban encendidas.

Bastante gente pululaba por él.

Mankheim y Caldwell entre ellos.

Dos aspirantes al puesto del malogrado Ivanov estaban a punto de ser probados para elegir entre ellos a su sustituto.

También cuatro o cinco bailarinas esperaban turno de examen.

Los rotativos del día llevaban ya la noticia del abandono, por «motivos de salud», de Myrna Nolan, la «estrella» de *Rapsodia en Blues*.

Caldwell estaba dispuesto a estrenar a la mayor brevedad posible.

Tres policías enviados por Hawkins al mando del sargento Finney se movían entre bastidores sin perder de vista al empresario.

No se veía por allí ni a Roy Nelson, ni al teniente.

Focos de diversos colores y tonalidades iluminaban frontal y lateralmente el escenario. Mientras que el teatro, platea, palcos y anfiteatros estaban sumidos en la penumbra.

Una sombra furtiva se deslizó por las escaleras que conducían al primer piso. Y ya en él, andando por el pasillo circular hacia el palco número cinco.

Éste estaba situado exactamente enfrente, al otro lado. Una mano empujó suavemente la puerta y ésta se abrió silenciosa. La figura se introdujo en él.

Unos binoculares aparecieron en su mano derecha.

Desde la densa oscuridad del fondo, los graduó hasta enfocarlos en el palco número seis.

Sus labios se curvaron en una mueca al ver una figura sentada. Permaneció unos minutos con la mirada fija en ella.

Sí, no cabía duda. Era Roy Nelson, aquel maldito fisgón.

Estaba solo.

Le esperaba. Creía haberle tendido una trampa. Pero sería Nelson quien iba a llevarse la sorpresa.

Salió cómo había entrado, silenciosamente.

Ya en el pasillo, lo recorrió en sentido inverso a la vez anterior. Se detuvo ante el palco número seis.

Se metió la mano bajo la americana y sacó una reluciente daga de brillantes gavilanes. La empuñó con la mano derecha ocultándola en la espalda y con la izquierda empujó suavemente la puerta.

—Ya estoy aquí, señor Nelson —saludó el recién llegado con voz

queda.

—¡Hola, Ernie! —respondí girándome aunque sin levantarme—. Sabía que vendrías, porque te picaría la curiosidad de saber quién conocía tu secreto. Fuiste muy hábil, pero lo descubrí. La manipulación del vaso de leche me llevó hasta ti. Te vieron merendar bebiendo leche. Ése fue tu fallo.

Ernie Garrison escuchaba en silencio.

—Sólo hay algo que aún no he podido comprender. ¿Por qué esos crímenes? ¿En qué le benefician, Ernie?

—Voy a complacerle, Nelson. Se lo diré. Yo y sólo yo soy el autor de *Rapsodia azul*, hace años, en mi juventud se la dejé a un músico mediocre que como yo estaba enamorado de la misma mujer, una bailarina, para que me diese su opinión. Yo quería que ella la estrenase. No pudo ser, murió. Lowell, ése era, se apropió entonces de mi música. Nunca me la quiso devolver, decía haberla extraviado. Yo ya no quería que nadie la bailase jamás, ya que ella no podía hacerlo. Estuve medio loco, internado incluso. Cambió mucho mi aspecto físico, envejecí. Cambié mi nombre por el de Ernie Garrison y cogí este empleo. Perdí de vista a Lowell. Pero un día apareció por aquí. No me reconoció. Era el momento de mi venganza. Lo maté. No podía probar que la música era mía. Por eso, como no quería que nadie la interpretase jamás, ya que ella no la podría bailar, creé este clima de terror y amenaza. Pero ese estúpido, ambicioso de Caldwell me obligó a matar, con su ansia de estrenar. Pero yo lo evitaré...

No podía ver sus ojos por la semioscuridad, pero estoy seguro de que debían tener el brillo de la locura.

—Lo siento, señor Nelson, pero no debió enterarse de mi secreto, ahora tendré que matarle también.

Y mostrando su diestra que había mantenido oculta en la espalda, se lanzó sobre mí, esgrimiendo la afilada daga.

Me confié demasiado y me alcanzó el costado de refilón, produciéndome una herida no demasiado grave, pero aparatosa. Si no llego a incorporarme de un salto y echarme a un lado me la habría clavado en mitad del vientre.

Guiados por la conversación, Hawkins y otro policía, que lo habían escuchado y grabado todo desde el palco contiguo, irrumpieron en el número seis, pistola en mano.

Garrison tiró un par de cuchilladas que nos alcanzaron por casualidad y se precipitó a su vez sobre la puerta.

Lanzando un grito de rabia, Hawkins se lanzó tras él. El agente se quedó sosteniéndome, pues empecé a verlo todo nebuloso.

—¡Luces! ¡Pronto! —Oí que gritaba Hawkins.

Luego oí vagamente dos disparos antes de desmayarme sin conocimiento.

EPÍLOGO

Me hallaba tendido en una cama de la clínica donde me llevaron internado. Hawkins hizo avisar a Rosie y ésta se hallaba junto a mí.

El teniente y Finney entraron con los periódicos de la mañana. En grandes titulares se destacaba mi colaboración con la policía en el descubrimiento del caso del Ambassador's Theater.

Según me dijo Rosie, se había recibido en la oficina un cheque de Caldwell por mil dólares. Había cumplido con su palabra.

Hawkins me explicó el final.

Huyendo, Ernie le había lanzado el cuchillo, hiriéndole levemente en un brazo. Uno de los policías había disparado dos veces sobre él, matándolo.

Se había ahorrado el manicomio para toda la vida o la cámara de gas.

La cinta grabada por Hawkins en el palco contiguo a dónde yo había estado, se reproducía íntegramente en el periódico, junto con la fotografía de Ernest Garrett, a quien yo había conocido como Ernie Garrison.

No teniendo herederos y como Caldwell había comprado de buena fe la música a Clay Lowell, se estrenaría la *Rapsodia azul*, pero con el nombre de Garrett como autor.

Me extrañó no recibir una llamada o la visita de Myrna. Mi vanidad estaba un poco maltrecha por este abandono.

Mediada la tarde comprendí el motivo.

Recibí un gran ramo de flores que Rosie no pudo evitar entraran en la habitación. Era de Myrna Nolan.

Llevaba una tarjeta dentro de un sobre.

Lo abrí y la tomé en mis manos, decía:

«Esta mañana me he enterado por tu exsecretaria que os habíais casado ayer. Te deseo mucha felicidad,

grandísimo pillo».

Faltó el canto de un dólar para que sufriese un infarto.
¡Diablo de chica!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

